
PAUL KENNEDY
Hacia el siglo XXI
(Barcelona, Plaza & Janés, 1993)

Según nos acercamos al tercer milenio aparecen cada vez más libros sobre el futuro: el incierto siglo XXI. El libro de Paul Kennedy, catedrático de Historia de Yale University, es uno de los más serios e importantes¹. *Hacia el siglo XXI* analiza los cambios y tendencias que nos depara el futuro. Sólo conociendo los problemas reales —y su historia reciente— es posible imaginar la estructura social en el tercer milenio.

Uno de los problemas clave que plantea Kennedy es el imparable crecimiento demográfico. La polémica suscitada a principios del siglo XIX

entre Malthus y sus contemporáneos sigue vigente en la actualidad. ¿Será la Tierra capaz de producir los recursos necesarios para hacer frente al impresionante aumento de población? En torno a esta cuestión giran buena parte de los debates sociales y económicos sobre el futuro, como se puso de manifiesto en El Cairo, en la Conferencia Internacional sobre la Población y el Desarrollo (en septiembre de 1994). Algunos movimientos sociales sostienen que, si todo sigue igual, nuestro planeta no podrá aguantar la presión demográfica. La única solución viable es frenar el aumento de población. Otros consideran que el ingenio humano es capaz de introducir innovaciones que garanticen la subsistencia de la población, por mucho que ésta aumente.

El problema demográfico se agrava

¹ La versión española ha publicado tres ediciones en cinco meses. Se edita un año después que la edición original en inglés: *Preparing For the Twenty-First Century* (Londres: Harper Collins, 1993), 428 pp.

al comprobar que la explosión demográfica se produce en los países con recursos tecnológicos más limitados. En los países avanzados la natalidad tiende a reducirse hasta llegar incluso a un crecimiento negativo. Nueve de los 33 países europeos pierden actualmente población. La sociedad y la población envejecen, suponiendo una carga financiera para la sociedad y disminuyendo la producción. En los países que todavía están en el proceso de industrialización se mantiene una tasa de fecundidad elevada que contrasta con una tasa de mortalidad que se ha reducido notablemente. El inevitable crecimiento de la población sólo se ve parcialmente alterado por las enfermedades o por la hambruna. El sida, especialmente en Africa, es uno de los factores que pueden disminuir (de manera trágica) el crecimiento demográfico.

Parece imparable que en el futuro se produzcan grandes movimientos migratorios entre países. La emigración podría equilibrar la balanza de la población en algunos países, pero es un proceso que, a su vez, suele generar problemas sociales. Existe el temor de que los/as emigrantes quiten puestos de trabajo a la población autóctona. A este hecho se añaden los nuevos problemas de racismo en los países avanzados.

Otra tendencia que puede afectar al desarrollo de los acontecimientos futuros es la revolución en el sistema de las finanzas y de las comunicaciones, así como el surgimiento de grandes multinacionales. La estabilidad y la necesidad de reconstruir las economías tras el desastre de la Segunda Guerra Mundial ocasionó un creci-

miento sin precedentes en la producción industrial. Este crecimiento está ligado al surgimiento de grandes compañías multinacionales que proliferan con la ayuda de la revolución financiera y de las comunicaciones. El crecimiento económico es constante, pero el reparto de la riqueza tiende a ser desigual. Los principales creadores y controladores de riquezas son multinacionales que operan internacionalmente. Una vez superadas las barreras proteccionistas, la globalización tiende a generar beneficios elevados. Las compañías internacionalizadas, al trabajar en varios países (e incluso continentes), se ven menos afectadas que las empresas nacionales por las crisis concretas de determinados países.

Hay quien considera que el resultado de la globalización puede suponer un crecimiento imparable de la riqueza, un progreso en el que nadie perderá. Pero no se suele tener en cuenta la marginalización de las cuatro quintas partes de la población de la Tierra, cuya población no está preparada para afrontar esas nuevas tendencias comerciales y financieras. La globalización es más beneficiosa para las economías avanzadas que para las de los países en vías de desarrollo. El supuesto éxito del nuevo sistema, basado en el *laissez-faire*, puede ser un poco ingenuo si se tienen en cuenta los problemas demográficos, medioambientales y regionales a nivel global. Las compañías buscan maximizar los beneficios invirtiendo en nuevas tecnologías, dañando seriamente a las sociedades menos desarrolladas. Los países más pobres no sólo demandan una economía de libre mercado, sino que al mismo tiempo requieren inver-

siones considerables que permitan mejoras sociales.

Por otro lado, la revolución en el sistema de finanzas provoca que miles de inversores individuales, además de compañías y bancos, especulen con divisas. Esto dificulta a los gobiernos, y a los bancos centrales, la adopción de políticas fiscales necesarias, por temor a que estas medidas no sean bien recibidas por los inversores internacionales. Los inversores son sensibles a los signos de turbulencia política que pueden desestabilizar de forma grave y rápida los mercados de divisas. Si un día las personas dejan de creer en el sistema, éste puede hundirse súbitamente. Representa un peligro que los Estados individuales no pueden controlar de forma adecuada debido a la propia globalización de la economía.

Ligado con el crecimiento demográfico y el reparto económico desigual, la revolución mundial en la agricultura y la biotecnología condiciona los acontecimientos futuros. En los últimos años la producción agrícola crece de modo espectacular. Sin embargo, desde 1984 ese ritmo de crecimiento desciende de forma significativa. En la actualidad, la producción global de alimentos ya no es capaz de satisfacer las necesidades de la población mundial. El crecimiento demográfico hace imprescindible un incremento de la productividad de la tierra cultivable. Una solución posible al problema podría ser la ampliación de las tierras de cultivo. Sin embargo, en los países donde esta ampliación es más necesaria las posibilidades de expansión son menores. El suelo inadecuado, circunstancias climatológi-

cas adversas, las selvas tropicales y los bosques dificultan una expansión de las tierras cultivables. Paradójicamente, los países industrializados sí disponen de tierras cultivables suficientes, capaces de generar excedentes. El problema reside en la forma en que los países más pobres pueden pagar esos excedentes. Las donaciones en ayuda alimentaria se podrían incrementar, pero es una solución poco eficaz, ya que lo único que se consigue es aumentar la dependencia de los países más pobres respecto de los países ricos. Al igual que la distribución demográfica o económica, el reparto de alimentos en el mundo es también desigual. Los países ricos padecen de superproducción y los países pobres de una producción demasiado escasa.

Sin otra revolución agrícola, el destino de los pueblos de los países menos desarrollados es incierto y desesperanzador. La biotecnología puede ser el camino hacia los cambios necesarios en la producción agrícola. Basada en la manipulación genética, permite mejorar el proceso de producción de los productos alimenticios. Así, los/as ingenieros genéticos son capaces de elevar los rendimientos de los alimentos. Popularmente, la biotecnología se considera una solución idónea, pero se minusvaloran los problemas de salud y medioambientales que puede provocar. Las grandes compañías biotecnológicas están financiadas por intereses privados cuyo objetivo es aumentar sus beneficios, muchas veces sin preocuparse del impacto regional. Ante el nuevo sistema biotecnológico, los/as agricultores reaccionan con actitudes diversas: los grandes propietarios sue-

len adaptarse a la biotecnología, mientras que los pequeños tienen menos recursos para incorporarse a esos adelantos.

Si la biotecnología sigue avanzando podría llegarse a la producción de alimentos *in vitro*. Este avance no sólo podría generar algunos obstáculos sociales, sino que también podría suponer una pauperización de los países menos desarrollados. Del mismo modo que la revolución biotecnológica puede mejorar el nivel de vida de tres cuartas partes de la población mundial, también incide en que los productos que exportan los países menos industrializados —que suelen ser la base de sus economías monocultivistas— ya no sean necesarios. La producción *in vitro* podría hacer innecesaria la importación de productos de los países menos desarrollados. Debido a la necesidad de alimentos existente en el mundo, y a pesar de los inconvenientes que pueda generar, parece improbable que la revolución biotecnológica se detenga.

La nueva revolución de los robots también puede incidir en las tendencias que posiblemente guíen los acontecimientos del siglo XXI. Con la automatización se sustituye una proporción de trabajadores industriales por robots, sobre todo en determinados sectores industriales. En su mayor parte, los robots industriales son utilizados en fábricas de coches. Los robots aumentan la productividad, trabajan veinticuatro horas sin cansarse, y no malgastan materiales. Sin embargo, no todas las sociedades han adoptado en la misma proporción la automatización. En algunos países, como Japón, donde existe escasez de

mano de obra, hay abundancia de ingenieros/as cualificados y la relación entre la empresa y el trabajador es suficientemente estrecha para que la automatización no suponga el despido de trabajadores, la revolución robótica ha triunfado. Japón ha solucionado la escasez de mano de obra sin necesidad de recurrir a la inmigración. Actualmente, el liderazgo de Japón en la automatización es indiscutible; dispone del 64 por 100 de los robots existentes en el mundo. En Europa, algunos países, como Alemania o Suecia, también han apostado por los robots. Sin embargo, en la mayoría de los países europeos la automatización se ve con recelo. Es también el caso de Estados Unidos, donde no hay escasez de mano de obra y la implantación de robots supondría el despido de trabajadores. Al igual que con las finanzas globales, las multinacionales y la biotecnología, la nueva revolución tecnológica es improbable que solucione los problemas de los países menos desarrollados. Para que se produzca una revolución robótica un país necesita de enormes capitales, numerosos ingenieros y técnicos cualificados y una relativa escasez de mano de obra. Son condiciones que no se suelen dar en los países en vías de desarrollo.

Otra de las tendencias a las que se deberá hacer frente en el siglo XXI es la cuestión medioambiental. El daño ecológico que los seres humanos hemos ocasionado al ecosistema se ha ido acumulando a lo largo de los siglos. Sin embargo, la crisis medioambiental a la que nos enfrentamos es diferente, en tamaño e importancia, de cualquiera que se haya dado hasta

ahora. El deseo de elevar los niveles de vida y el crecimiento demográfico son causas de la reciente contaminación atmosférica. La deforestación de los bosques tropicales, la disminución de las tierras de cultivo y la destrucción de numerosas especies animales y de plantas, son resultado de las políticas comerciales actuales. Una parte del daño medioambiental se realiza de forma ilegal, pero está permitido por la mayor parte de los países, cuya principal preocupación es el crecimiento económico por encima de cuestiones medioambientales.

En los últimos años, el auge de movimientos ecologistas tiene un impacto importante en la política y en el modo de vida. Los gobiernos empiezan a tomar conciencia de las dimensiones de este problema, como se demostró en la cumbre sobre temas medioambientales celebrada en Río de Janeiro en junio de 1992. Sin embargo, tendrían que producirse muchos cambios para detener el proceso de degradación del ecosistema. Las medidas que se suelen tomar para solucionar el problema son políticas locales que poco pueden hacer ante un problema que afecta a nivel mundial. Los cambios deben ser globales y según las posibilidades económicas de cada país. Razones económicas y demográficas impiden a los países en vías de desarrollo adoptar *políticas verdes*. Deberían ser los países más ricos los que ayuden a los menos desarrollados en la adopción de programas más ecológicos.

El daño medioambiental más grave al que se enfrenta la humanidad es, a juicio de los expertos/as, el calentamiento global de la Tierra. La atmós-

fera está compuesta por una serie de gases que permiten reflejar casi toda la energía que llega del sol en forma de radiación. Esa energía fundamental para la vida es reflejada de nuevo al espacio; de lo contrario, en forma de invernadero, la Tierra se iría calentando gradualmente. Si las actividades humanas siguen incidiendo en la composición de los gases que forman la atmósfera, las temperaturas podrían subir hasta niveles desastrosos. Todavía no se conocen bien los efectos del calentamiento global, aunque, al parecer, el cáncer de piel puede ser una de las consecuencias inmediatas del agrandamiento del agujero de la capa de ozono. De producirse ese calentamiento, grandes cantidades de hielo se derretirían y los niveles del mar aumentarían. Si aumenta el nivel del mar, las inundaciones producidas por tormentas también se pueden incrementar. Los países en vías de desarrollo son los que sufren de manera más trágica esos efectos, ya que disponen de menos recursos para poder afrontar esta situación. Con un aumento de las temperaturas, la fertilidad del suelo y la producción agrícola global disminuyen. En estas circunstancias, los países más pobres pueden ser los más afectados.

Los gobiernos, en vez de intentar combatir el problema, prefieren adaptarse favoreciendo los cultivos resistentes al calor, utilizando métodos como la irrigación y la biotecnología. Pero la única manera de solucionar definitivamente el problema es cambiando nuestro estilo de vida. Algunas transformaciones ya están en marcha, aunque no son suficientes. Pero si las sociedades actuales son

contrarias a cambiar sus modos de vida por problemas que les afectan directamente, parece menos probable aún que estén dispuestas a sacrificarse por situaciones que afectan a las generaciones futuras.

Los problemas globales analizados (explosión demográfica, sistema de comunicaciones, deterioro de la agricultura, robotización, etc.), e incluso los peligros de una posible guerra mundial, son a menudo exagerados de forma apocalíptica. Años después de esas predicciones catastrofistas se observa que no se cumplieron. Sin embargo, hay una que puede resultar realmente problemática a largo plazo, y es precisamente el deterioro medioambiental. Se entiende que es el Estado —todos los Estados del mundo juntos— quien debe solucionar el problema medioambiental.

El Estado-nación ha sido el modelo utilizado en los últimos siglos para hacer frente a los problemas sociales tradicionales. Sin embargo, en el futuro los Estados-nación pueden ser incapaces de afrontar los nuevos desafíos². Hasta el momento, las únicas amenazas que podían poner en peligro la estabilidad de un Estado-nación eran una revolución interna o una guerra con otro Estado. En la actualidad, las guerras y las revoluciones ya no son las únicas que pueden poner en peligro la estabilidad de un país. Las rivalidades económicas están sustituyendo a los conflictos militares. Los países tienen que hacer frente

a nuevos tipos de conflagraciones, en forma de verdaderas «guerras comerciales». Los peligros militares están siendo sustituidos por otros, pero es improbable que los conflictos armados desaparezcan, aunque coexistan con otras nuevas amenazas.

La superpoblación, el terrorismo y el tráfico internacional de drogas son, entre otros, los nuevos retos a los que los Estados deben hacer frente. Estas amenazas son transnacionales, ilegales y están fuera del control del Estado-nación. Cada vez más la seguridad nacional se ve influenciada por acontecimientos producidos en otros países. Como los nuevos desafíos son globales, hay que hacerles frente con instituciones y políticas que, a su vez, sean internacionales. Un Estado-nación concreto es cada vez más incapaz de solucionar los nuevos desafíos que por su estructura y magnitud son ya mundiales. Sin embargo, sigue siendo el sistema más utilizado en el mundo, puesto que no se han imaginado alternativas capaces de reemplazarlo.

Frente a la globalización de la economía y de los problemas sociales, la política ha reaccionado fraccionando Estados. Existe una tendencia de las naciones a convertirse en Estados-nación (así como de los Estados a ser también Estados-nación). Dada la multiplicidad de naciones, eso puede significar una cantidad mayor de Estados en el futuro, haciendo más difícil aún la resolución de los problemas globales de la Tierra. Mientras tanto, el impacto de estos problemas básicos varía bastante en los cinco continentes.

No todos los Estados del mundo se

² Tom BOTTOMORE, *Political Sociology* (Minneapolis: University of Minnesota Press, 1993), 2.^a ed., 136 pp. Véase especialmente su planteamiento en el capítulo 6: «Global politics in twentieth century» (pp. 91-109).

benefician de un crecimiento económico favorable. Por ejemplo, las perspectivas de futuro para los países en vías de desarrollo se parecen poco a las de Japón. La situación es diferente según el país que se estudie. Dentro de las economías en vías de desarrollo hay países que están mejor preparados que otros para afrontar el futuro. En la actualidad, la distinción entre *países ricos* y *países pobres* ya no es suficiente para entender economías y naciones tan diferentes.

Algunos de los países en vías de desarrollo con un futuro más esperanzador están situados en el Pacífico y en Asia Oriental. Son las llamadas *Economías de Reciente Industrialización* (ERI) de Singapur, Hong Kong, Corea del Sur y Taiwan las que con más éxito se desarrollan. Estos países se ven estimulados por el crecimiento de Japón, que les sirve de modelo. Aunque son sociedades con diferencias estimables, mantienen rasgos comunes. En las ERI se da una importancia considerable a la educación, proveniente de una ideología confuciana. Se fomenta el ahorro nacional, que sirve como fuente de capital a bajo interés para las fábricas nacionales. Otra característica común en las ERI es la política intervencionista del Estado, cuyo objetivo principal es el crecimiento económico del país. Este intervencionismo es contrario a la economía basada en el *laissez-faire* característica del mundo occidental. Se mantiene bajo el valor de la moneda, consiguiendo así aumentar las exportaciones y disminuir las importaciones. Estos son los pilares básicos sobre los cuales se sustenta el crecimiento económico de esos Estados.

Menos prometedor parece ser el futuro de América Latina. La región experimentó un crecimiento esperanzador a partir de 1950. En esos años las inversiones extranjeras aumentaban y las demandas de materias primas crecían. Sin embargo, esa tendencia se invirtió a partir de 1980. En lugar de fomentar las exportaciones, muchos países centraron su atención en reducir las importaciones creando sus propias industrias. América Latina se aisló así del comercio mundial. En la actualidad, en la región se siguen exportando materias primas e importando productos manufacturados, lo que evidencia el fracaso de esas políticas económicas, que, a su vez, obligaron a los gobiernos a pedir créditos elevados a otros países (principalmente a Estados Unidos). Con la crisis actual, la imposibilidad de devolver esos créditos convierte a América Latina en una de las regiones más endeudadas del mundo. Problemas políticos permanentes, o conflictos en la transición hacia la democracia, generan en la mayoría de esos países una inestabilidad política que desalienta las inversiones extranjeras.

A pesar de todos esos contratiempos, estudios recientes sugieren una próxima recuperación. La llegada de la democracia, la actualización de la deuda y las medidas económicas severas han permitido a algunos países latinoamericanos reanudar su crecimiento. Actualmente existe incertidumbre sobre si estos cambios serán suficientes para afrontar con optimismo el futuro. En ese sentido se reconoce que Estados Unidos juega un papel importante. Las relaciones en-

tre América Latina y Estados Unidos van más allá de la deuda. El tráfico de drogas, la disminución de los bosques tropicales amazónicos, así como la inmigración procedente de México, Caribe y América Central, son problemas que comparten Estados Unidos y América Latina. Se considera que, ante esta situación, los países más ricos (en especial Estados Unidos) deben ayudar al desarrollo de América Latina por su propio interés.

En Oriente Medio existen grandes desigualdades entre las naciones, con sociedades dolorosamente pobres y países extremadamente ricos. Las reservas desiguales de petróleo entre los países dan lugar a esta dicotomía. Diferencias en los sistemas políticos se añaden a esa situación. El fundamentalismo y la existencia de líderes políticos populistas y con poder militar son características típicas de la región. El potencial militar hace de la región una de las más conflictivas del mundo. El miedo a una nueva guerra en Oriente Medio está siempre presente en todos los países.

Para muchos observadores, los problemas de Oriente Medio podrían solucionarse invirtiendo en programas de educación. Pero en los países fundamentalistas algunos grupos sociales no están dispuestos a tales cambios. La alfabetización de las mujeres en varios de estos países —como en la República Árabe del Yemen— todavía no supera el 5 por 100. Aun siendo capaces de afrontar inversiones en educación, estas sociedades tardarán bastante tiempo antes de que la sociedad logre cambiar su sistema de vida.

La situación de África subsahariana es todavía peor. Según el Banco

Mundial, en la mayor parte de países del mundo descenderá la pobreza a excepción de África, donde se prevé que la situación empeore. África era autosuficiente en productos alimenticios, e incluso hubiera podido exportar alimentos. Sin embargo, la explosión demográfica alteró esa situación. La adopción de las nuevas técnicas médicas ha reducido la mortalidad humana, pero la natalidad se mantiene a niveles todavía elevados. La escasa utilización de anticonceptivos, así como las pautas culturales de considerar las familias pequeñas como poco prestigiosas, son las causas principales de esta elevada natalidad. Por desgracia, estas tendencias parece que se van a mantener en los próximos años. Sólo un rápido crecimiento de epidemias (como el sida) frenaría esa explosión demográfica. No es tampoco un objetivo deseable.

En estas sociedades, el crecimiento demográfico no habría sido tan desastroso si hubiera venido acompañado por un incremento de la producción agrícola. Pero las economías se dedican a las plantaciones de monocultivos (como el té, café, cacao y caucho) que están orientados a la exportación en lugar de producir alimentos para el consumo interno. Las frecuentes guerras internas, los golpes de Estado y la inestabilidad política empeoran la situación africana. Algunos expertos sugieren que la retirada de los países desarrollados obligaría quizá a los africanos a iniciar una serie de medidas que condujeran a su recuperación. Otros creen que las ayudas se han de mantener pero aplicándose de modo más efectivo.

En África, el desafío más importan-

te al que se tiene que hacer frente es la explosión demográfica. El crecimiento desmesurado de la población puede condicionar los demás factores de cambio. En zonas de América Latina y en los Estados musulmanes la situación es similar. El crecimiento natural de la población ejerce presiones enormes sobre los recursos escasos. Hay pocas posibilidades de que la situación mejore en un futuro próximo.

Los excedentes alimenticios procedentes de la revolución biotecnológica podrían ser utilizados para combatir la malnutrición de los países más pobres, pero esto podría perjudicar a las sociedades fundamentalmente agrícolas. En las Economías de Reciente Industrialización es posible una paulatina automatización para poder competir con los productos japoneses. Pero en los países sin base industrial es difícil que la revolución robótica tenga algún sentido. La revolución de las finanzas y las comunicaciones, así como la implantación de compañías multinacionales, pueden ampliar aún más las diferencias entre los países más ricos y los más pobres. A medida que nos acercamos al siglo XXI, las economías del Norte parecen tener todas las ventajas, mientras que en los países en vías de desarrollo es poco probable que se produzca una recuperación inmediata.

En el caso de la India y China, el problema principal al que se enfrentan es el crecimiento de la población. La explosión demográfica se une a la dificultad para producir los alimentos suficientes para garantizar la subsistencia de sus habitantes. Es difícil que la producción en esos países pueda incrementar la producción de

cultivos para hacer frente al crecimiento demográfico, a menos que la tecnología experimente otra «revolución verde», como la que se produjo a partir de los años sesenta. Ante la imposibilidad de producir alimentos suficientes, los gobiernos indio y chino actúan para intentar reducir el aumento de la población. Pero lo hacen de manera diferente.

China, con un gobierno autoritario, ha aplicado una de las políticas de planificación familiar más rígidas del mundo. Las parejas no pueden casarse antes de los veinte años y su descendencia está limitada a un solo hijo/a. La eficacia de ese sistema funcionó en los primeros años, pero el descontento de la población fue muy grande. En el campo aumentó el número de niñas asesinadas, ya que los agricultores, al poder tener sólo un hijo/a, querían que ése fuera varón, para que les pudiera mantener durante la vejez. Ante el descontento de la población, a mediados de la década de los ochenta la política gubernamental se suaviza. La política del hijo/a único, aparte de ser impopular, provoca distorsiones en la composición por edades de la población. China se encontrará en los próximos años con que la mayor parte de la población es anciana. El gobierno indio es más democrático y tiene menos poder para persuadir a las familias de que limiten su tamaño. Por consiguiente, es de esperar que la población india crezca más rápidamente que la china, llegando incluso a igualarla.

Al mismo tiempo que los gobiernos chino e indio intentan reducir la población, tienen que prepararse para

los cambios que se esperan en el siglo XXI. La biotecnología podría solucionar el problema principal de estos países; de ahí que destinen tanto dinero a las investigaciones biotecnológicas. A corto plazo, la revolución biotecnológica puede resultar más beneficiosa que perjudicial. Otros cambios afectarán a China e India en los próximos años, tales como la cuestión medioambiental o la revolución robótica, pero en el futuro inmediato su máxima preocupación es solucionar los problemas demográfico y de desarrollo económico, que aparecen estrechamente relacionados.

Las causas son distintas en la antigua Unión Soviética, pero las perspectivas tampoco son esperanzadoras. La región se acerca al tercer milenio con un futuro lleno de incertidumbres. En la ex URSS se vive una importante crisis político-económica, que se ve agravada por el problema de los nacionalismos. La región dispone de abundantes recursos naturales, goza de un sistema educativo desarrollado y tiene un potencial militar considerable. A pesar de estas características, la mala utilización de los recursos naturales y la actual crisis económica impiden el progreso del país. En el sector agrícola, la colectivización y los subsidios elevados destruyen los incentivos de los campesinos/as. La antigua Unión Soviética ha pasado de ser el mayor exportador de alimentos (antes de la revolución bolchevique) a ser el mayor importador del mundo. Eso se debe principalmente a la disminución de las reservas y al uso inadecuado que se hace de ellas. Uno de los problemas principales del país es su infraestructura,

que está más orientada a evitar el desempleo y la competencia que a reducir los costes y satisfacer la demanda de los/as consumidores. La crisis económica incide en el nivel de vida de la población; el nivel de salud y de higiene disminuye, y la escasez de alimentos da lugar a un mercado ilegal importante.

A la crisis económica, que ya es bastante negativa, se añade el descalabro político. La *perestroika* supuso un giro radical en el sistema político, tratando de convertir un sistema autoritario en una democracia liberal. Ese cambio implica acabar con toda la estructura centralizada y planificadora característica de la URSS. Pero esa transformación no es fácil. Los dirigentes tienen que hacer frente a la nueva situación política, sin descuidar la profunda crisis económica, evitando los conflictos étnicos y culturales en las diferentes repúblicas. Para algunas personas, las reformas son lentas pero necesarias, mientras que para otras las transformaciones son excesivas. Los partidarios de regresar al viejo sistema mostraron su fuerza en agosto de 1991, con un golpe de Estado que, sin embargo, fracasó a los pocos días.

La multidiversidad étnica que existe en algunas repúblicas ha dado lugar a conflictos importantes. En la antigua Unión Soviética hay diferencias de raza y de lenguaje, e incluso de religión. Durante décadas las divisiones étnicas fueron controladas a través de la rigidez del Estado y de su temida policía. El aislamiento del país y la propaganda sobre el «enemigo capitalista» contribuyeron al control de las tensiones entre las diferentes

repúblicas. Cuando el viejo sistema perdió su dominio las diferencias se evidenciaron. Algunas repúblicas reclamaron su independencia. Esa autodeterminación tiende a derivar en conflictos bélicos, como recientemente ha sucedido en Chechenia. La anhelada independencia choca también con los intereses de numerosos pobladores originarios de Rusia que a lo largo de los años se han trasladado y quieren mantener una relación con el centro. Por otro lado, la planificación estalinista aseguró que ninguna república fuera autosuficiente. Eso dificulta la independencia de las repúblicas menos ricas, que no pueden permitirse romper sus relaciones con las otras repúblicas. Otro problema conflictivo es la disputa sobre las armas nucleares y los diferentes sistemas de defensa entre las distintas repúblicas. Esta disputa ha originado en Europa y América un temor... justificado.

Ante la actual situación, los más optimistas creen que la Comunidad de Estados Independientes (CEI) seguirá unida, aunque con un relajamiento de los controles de Moscú sobre las repúblicas. Pero hay otros *escenarios* menos optimistas. La CEI puede correr el peligro de desintegrarse. Se considera que las guerras civiles pueden extenderse a las diferentes repúblicas. Incluso hay quien pronostica nuevos golpes de Estado.

Las tendencias demográficas también pueden incidir en el futuro de la CEI. En las repúblicas musulmanas la tasa de natalidad es parecida a la de Oriente Medio, mientras que en Rusia y Ucrania la tasa de natalidad es similar a la de Centroeuropa. Por

primera vez, los rusos son menos de la mitad de la población total. En el futuro es previsible un desplazamiento de población de las pobladas repúblicas del Sur hacia la Rusia meridional y Ucrania. Eso podría generar nuevos conflictos religiosos y raciales.

La antigua Unión Soviética no sólo tiene que solucionar su crisis político-económica. Al igual que los otros países, la ex URSS tiene que hacer frente a las tendencias globales que afectan a todo el mundo. Debido a su geografía, la región se puede ver afectada por cambios medioambientales importantes. Un aumento del calentamiento global, por pequeño que sea, podría resultar desastroso. La biotecnología podría solucionar algunos problemas alimenticios. Pero debido a la actual crisis económica parece improbable que se invierta en investigación y se destinen nuevos recursos para la creación de laboratorios. El nivel de automatización tampoco parece que vaya a incrementarse, ya que en la actualidad hay un excedente de mano de obra. Los robots pueden empeorar el problema del desempleo, y el descontento de la población es ya suficiente como para que el paro aumente. Hasta que la economía no se recupere parece improbable que se viva una revolución de las finanzas y de las comunicaciones. La ex URSS representa la antítesis de Japón. Mientras que la primera dispone de abundantes recursos naturales y diversidad de razas y culturas, el imperio del sol naciente prospera con recursos escasos y una elevada homogeneidad racial. Las perspectivas de futuro para la antigua Unión Soviética no parecen tan favorables como

para el Japón. El XXI tiene bastantes posibilidades de ser un siglo difícil para la CEI.

La transformación política que supone la *perestroika* en la antigua Unión Soviética repercute en los demás países de la Europa del Este. Esos países han abandonado también los regímenes autoritarios y están emprendiendo el camino hacia la democracia. Para algunos países ese proceso de liberalización es más fácil que para otros. La antigua República Democrática de Alemania es, posiblemente, la que con más facilidad se puede adaptar al nuevo sistema. La antigua RDA se ha unido a un país próspero, uno de los más ricos del mundo, lo que le da una ventaja notable respecto a los otros países que están iniciando la transición.

Conseguir adaptarse al nuevo sistema será más difícil para aquellos países que —como en la Unión Soviética— se enfrentan con divisiones étnicas. En algunos casos (como en Polonia), la unidad cultural y religiosa puede facilitar el proceso. Ventajas similares se observan en Hungría. Las dificultades de las tensiones étnicas y culturales se reflejan de forma trágica en Yugoslavia, donde las diferencias raciales y religiosas han contribuido a una guerra civil sangrienta. Las tensiones étnicas podrían disminuir en la región si los países gozaran de prosperidad, pero, desgraciadamente, los niveles de vida están lejos de los niveles occidentales.

Las sociedades de Europa del Este tienen demasiados problemas en el presente como para poder permitirse pensar en el futuro. Hasta que no consigamos solucionar sus problemas actuales resultará difícil que estos paí-

ses tomen medidas para prevenir el daño medioambiental. Son los países más ricos los que tienen que ayudar a las otras sociedades a adoptar políticas más ecológicas. La automatización y la inversión de las tendencias demográficas tendrán seguramente que esperar hasta que estos países consigan cierta estabilidad y prosperidad.

Japón es uno de los países que posiblemente menos perjudicado vaya a salir de las tendencias globales negativas que se perfilan para el siglo XXI. El crecimiento económico de Japón ha sido imparable desde 1945. Este crecimiento se debe a varios factores. En ese país, las estructuras financieras y fiscales contribuyen a la creación de riqueza. Se fomenta el ahorro privado y es prestado a fabricantes con intereses relativamente bajos. Esto permite que las empresas japonesas sean más competitivas. La política estatal consistente en desalentar las importaciones mediante aranceles discriminatorios y otras medidas contribuye también al crecimiento económico doméstico. La situación desmilitarizada del país permite una mayor inversión en el sector industrial. A pesar de no disponer de unas fuerzas armadas importantes, Japón tiene poder e influencia para desestabilizar otros países del mundo.

Para conseguir ese impresionante crecimiento, Japón ha tenido que realizar una serie de sacrificios. El sistema empresarial y estatal, que es rígido y jerárquico, impide la creatividad y lleva a la población a un relativo conformismo. Por otro lado, el poder adquisitivo real de los/as japoneses se ve reducido por los altos costes de los alimentos, bienes de consumo y vivienda. El crecimiento económico de

Japón todavía no se ha reflejado en un nivel de vida similar a los otros países ricos del mundo.

Varios de los factores que han contribuido a la favorable situación de Japón están cambiando. Las conquistas suponen a veces fracasos. La esperanza de vida es ahora muy alta en Japón, la más alta del mundo (y la mortalidad infantil muy baja). En el siglo XXI, Japón tendrá muchas más personas ancianas y, a causa de ello, las tasas de ahorro del país pueden disminuir. Ante esta situación, las empresas pueden tener dificultades para contar con créditos de bajo interés y esto, a su vez, puede reducir su competitividad. Japón tiene dos opciones ante la situación presente. La primera es ceder a las presiones exteriores e interiores de manera que aumenten las importaciones y suba el nivel de vida. Puede ser así un pueblo rico, pero tendiendo cada vez más hacia el consumo y menos hacia la creación de riqueza. La otra alternativa es realizar cambios para que las compañías continúen acumulando riqueza, aunque gran parte se dedique a la reinversión más que al consumo general.

Parece ser que Japón posee unas ventajas considerables a la hora de enfrentarse a las fuerzas globales de cambio que se avecinan en el siglo XXI. Tiene la capacidad suficiente para beneficiarse de la revolución de las finanzas y de las comunicaciones y el auge de las multinacionales. En Estados Unidos y Europa se produce el inicio de la globalización de las empresas, pero Japón no ha tenido problemas para adaptarse al nuevo orden económico. El envejecimiento de la población puede causar una

falta de mano de obra que se podría solucionar permitiendo la inmigración. Sin embargo, es improbable que los/as japoneses estén dispuestos a adoptar esas medidas. Parece más probable que sea una progresiva automatización la que solucione, en el futuro, el problema. Debido a su dependencia respecto de la importación de productos alimenticios, es probable que la biotecnología adquiera en Japón un papel importante. Ese país no dispone de una tradición en la industria química y agrícola, pero está empezando a invertir en esos sectores para potenciar la biotecnología. Los problemas en los que Japón ejerce un control menor son los medioambientales. Es posible que se vea afectado por problemas como el calentamiento global, pero al disponer de numerosos recursos puede hacer frente a la situación mejor que otros países. Todo parece indicar que Japón va a iniciar el siglo XXI con tendencias que, en su conjunto, son bastante favorables. De ahí que el ascenso de Japón en el concierto de las naciones sea cada vez más imparable.

Para Estados Unidos, el tercer milenio llega en un momento en el que se cuestiona el liderazgo del país en el mundo. Los optimistas creen que la economía estadounidense no estaba preparada para la intensa competencia extranjera. Pero desde la década de los ochenta las cosas están cambiando. La industria está aumentando su productividad y las ventajas de los competidores (como Japón) no pueden durar mucho más tiempo³. Los

³ *The Economist* publica un interesante artículo sobre el tema: «The risk in Asia», en el número del 28 de enero de 1995, pp. 11-12.

pesimistas son escépticos, creen que el progresivo debilitamiento del poder adquisitivo internacional hará inevitable la pérdida de hegemonía.

Los puntos fuertes y los débiles de Estados Unidos se mezclan cuando se intenta analizar el futuro de ese país. Militarmente, ningún otro país lo iguala. A pesar de que otras naciones tienen ejércitos más numerosos, ninguna dispone del poderío militar de Estados Unidos. Terminada la guerra fría hay quien se plantea la utilidad de semejante potencial bélico. Puesto que las amenazas a Estados Unidos pueden no venir de las armas, sino de los riesgos medioambientales, de las drogas y del declive económico, existe un debate sobre la conveniencia del recorte en el gasto militar. Ahorrar en defensa puede contribuir poco al crecimiento económico si no se invierte en actividades productivas.

La principal potencia militar del mundo cuenta con una riqueza desigualmente distribuida, un déficit importante y un período prolongado de crecimiento económico lento. El problema se intensifica si otros países como Japón se desarrollan económicamente con mayor rapidez. El gasto federal excesivo, la deuda nacional y el déficit en la balanza de pagos son obstáculos que Estados Unidos debe superar si quiere conseguir aumentar sus tasas de crecimiento económico. Para que Estados Unidos sea más competitivo, su objetivo fundamental debería ser aumentar su productividad. Pero en este debate no hay unanimidad; hay quien defiende políticas proteccionistas, mientras otros son partidarios de un fortalecimiento de los principios del *laissez-faire*.

Gran parte de la controversia se centra en la economía, pero también son objeto de debate el sistema sanitario y el educativo. Aunque Estados Unidos destina una parte importante del presupuesto estatal al sector de asistencia médica pública, una parte importante de la población no recibe este tipo de asistencia. La falta de universalidad del sistema nacional de salud provoca que entre los países más desarrollados del mundo Estados Unidos ocupe el último lugar, con altas tasas de mortalidad infantil y un nivel de salud bajo. En los últimos años la esperanza de vida de los/as blancos ha aumentado, mientras que la de los/as negros (sobre todo los varones) ha disminuido, como reflejo de la atención sanitaria desigual que reciben los/as estadounidenses, incluyendo la población ilegal.

La inversión en educación es considerable. Se ha conseguido que el país posea el mayor número de universidades de investigación del mundo, con profesores y estudiantes procedentes de muchos países. Estados Unidos dispone del reconocimiento internacional a su nivel universitario. Sin embargo, con excepción de la educación superior, el sistema educativo es de calidad dudosa. La educación pública previa a la universidad presenta a veces niveles mediocres. Las relativamente elevadas cifras de analfabetismo, así como las recientes pruebas internacionales sobre el nivel de conocimientos de la población escolar, evidencian carencias importantes en el sistema educativo. El desconocimiento histórico y geográfico es considerable. En una encuesta reciente, el 75 por 100 de la pobla-

ción era incapaz de situar el Golfo Pérsico en un mapa del mundo (a pesar de la guerra), y uno de cada siete de los entrevistados no sabía situar su propio país. Las causas del problema no están claras. La cultura estadounidense es consumista, fomenta el entretenimiento por encima de la reflexión y da una importancia central a la televisión. Es esta cultura social la que propicia un bajo rendimiento de sus estudiantes, que luego son empleados en trabajos rutinarios y repetitivos.

Los problemas derivados de la droga adquieren en Estados Unidos proporciones alarmantes. La delincuencia es más alta que en cualquier otro país desarrollado. Las tasas de homicidios, violaciones y robos con violencia dependen de la facilidad que tienen los estadounidenses para conseguir armas de fuego. No es un problema de falta de recursos policiales; las cárceles albergan cerca de un millón de presos. Tampoco la violencia puede asociarse sólo con la pobreza, ya que hay raíces culturales. La mayor parte de la población cree que, en conjunto, la situación de Estados Unidos ha empeorado en los últimos años y piensa que la situación de sus hijos/as será todavía peor.

Estados Unidos no escapa a los procesos de cambio global que afectan al mundo. Las tendencias demográficas anuncian un crecimiento importante de la población mayor de 65 años. Las consecuencias de ese aumento de la población no productiva pueden repercutir de manera negativa. Se piensa ya en la necesidad de aumentar los fondos de la seguridad social, aunque sólo es posible

recortando el gasto en otros sectores o aumentando la presión fiscal. Otra posibilidad sería correr el riesgo de aumentar el déficit estatal, con las consecuencias imprevisibles que ello acarrearía. Se prevé que la composición étnica de Estados Unidos se transforme. En parte es debido al aumento de inmigrantes procedentes de América Latina y de Asia, así como a las diferencias de natalidad entre los diferentes grupos étnicos. Ese cambio demográfico podría también aumentar las tensiones étnicas.

La composición de la fuerza del trabajo está variando. La manufactura está recortando puestos de trabajo cualificados y bien pagados, mientras que el sector de servicios aumenta su oferta de trabajos con salarios y cualificaciones bajas. La otra tendencia es el crecimiento de los empleos relacionados con la informática y la investigación que requieren de una educación superior. La automatización en la manufactura tiene menos incentivos para progresar. En Japón los robots pueden mantener la homogeneidad racial, pero en Estados Unidos, que es una sociedad multirracial, ese argumento tiene menor peso. Estados Unidos tiene exceso de mano de obra, por lo que la automatización estadounidense es poco probable que alcance cotas similares a las japonesas.

La biotecnología podría aumentar notablemente la productividad de la tierra. En un país como Estados Unidos, que tradicionalmente ha sido uno de los mayores exportadores de alimentos del mundo, la biotecnología puede conducir a problemas serios. En la actualidad se produce más de lo que se puede consumir

dentro del país. Los agricultores tratan de vender los excedentes a otros países. Estos nuevos mercados existen y se encuentran en los países pobres, pero éstos carecen de fondos para poder pagar esos alimentos. Se produce una paradoja: mientras que en algunos países la población se muere de hambre, en otros se echan a perder grandes cantidades de alimentos. La biotecnología capaz de producir más excedentes podría chocar así frontalmente con los intereses de los agricultores norteamericanos.

Los cambios medioambientales, y en especial el calentamiento global, pueden ocasionar problemas graves a la población estadounidense. Se prevén subidas del nivel del mar y desplazamientos de los cultivos hacia el Norte. Parte de la fauna puede también desaparecer debido a los cambios climáticos. Pero el efecto más grave de los cambios medioambientales puede tener lugar fuera de sus fronteras. El daño medioambiental, junto con el crecimiento demográfico y la catástrofe social que se está viviendo en algunos países del continente americano, pueden desencadenar una emigración masiva hacia Estados Unidos que el país no está preparado para absorber. Respecto a la globalización de las empresas y de las comunicaciones, Estados Unidos disfruta de ventajas. No obstante, debido a las numerosas contradicciones sociales, puede que Estados Unidos no consiga mantener la hegemonía mundial. El conjunto del país se prepara para el siglo XXI, pero lo hace de forma individual, por empresas, sin un plan global concebido desde Washington, DC. Esa desorganización y la aparen-

te pasividad de los gobernantes ante los desafíos globales puede ocasionar dificultades graves a Estados Unidos.

El futuro de nuestra vieja Europa se presenta de manera diferente. En comparación con los países de Asia Central y el norte de Africa, los europeos/as pueden afrontar el futuro con un optimismo relativo. La Unión Europea, junto con Japón y Estados Unidos, representan en la actualidad el mayor centro de poder político y económico del mundo. Pero Europa, para mantener su liderazgo tradicional en el mundo, tiene que conseguir una mayor unidad. Sólo con políticas comunes, la Unión Europea es capaz de hacer frente a problemas como el calentamiento global, la emigración o las relaciones Norte-Sur. Pero, a pesar de una mayor unidad, nada garantiza que Europa pueda seguir manteniendo su posición privilegiada en el contexto internacional.

Europa desea constituir un modelo comunitario a la vez que hacer frente a las fuerzas de cambio global. Hay quien desea un modelo integrado (con cohesión política), dando más poderes a los organismos europeos comunitarios. Pero hay países de la Unión que no están dispuestos a ceder parte de su soberanía y que prefieren limitarse a un modelo de libre comercio. Estos puntos de vista son debidos a la variedad de riqueza de los diferentes países europeos. Colectivamente, sus recursos son enormes, pero no hay que olvidar que existen diferencias importantes entre países (desde Alemania a Portugal). El acuerdo de libre circulación de bienes y servicios por toda la Unión Europea, que entró en vigor el 31 de di-

ciembre de 1992, es un primer paso hacia una Europa verdaderamente integrada. A pesar de ello, aún no existe un mercado europeo completamente libre. Es necesaria la armonización de otros aspectos —desde el tipo de moneda hasta el sistema de comunicaciones— para conseguir un mercado común pleno. Es en ese proceso de unificación en donde surgen los mayores problemas políticos. Crear una moneda europea común implicaría una pérdida importante de soberanía de los Estados miembros. Los gobiernos ya no adoptarían todas las políticas económicas independientemente. Alterar los tipos de interés o aumentar la impresión de papelmoneda tendría repercusiones para toda la población que vive en la Unión Europea. Sería, pues, necesaria la existencia de un Banco Federal Europeo independiente de controles políticos.

Para la consecución de una mayor integración, la Unión Europea debe coordinar su política exterior y de defensa. En los últimos años ha sido la OTAN, liderada por Estados Unidos, quien ha organizado la política exterior y de defensa europea. Tras el desmembramiento de la Unión Soviética y el acercamiento de Europa a Estados Unidos en riqueza global, hay quien se plantea si la OTAN debe continuar. Se buscan estructuras alternativas para la seguridad europea. Un modelo posible puede ser la creación de una organización para que las grandes potencias se ocupen del orden europeo. Está aún por ver si las rivalidades existentes tras siglos de nacionalismo europeo permitirán integrar a los diferentes países en un

modelo común de defensa. Una mayor unidad europea puede, en teoría, ayudar a solucionar las tendencias futuras, pero en la práctica es una solución que conlleva numerosos problemas. El debate para la creación del futuro modelo europeo gira, pues, en torno a una mayor o menor integración.

Europa, al mismo tiempo que diseña su modelo de unidad, tiene que hacer frente a las tendencias futuras que afectan a todas las naciones del mundo. El problema demográfico amenaza también a los países avanzados. Europa tiende cada vez más hacia una población menor debido a las tasas bajas de natalidad, insuficientes para garantizar el reemplazo de la población. Pero ese problema se puede solucionar con un mayor apoyo a las parejas jóvenes, con políticas que fomenten familias numerosas, o incluso aumentando las subvenciones. El problema fundamental puede provenir de una inmigración masiva de trabajadores provenientes del Sur y del Este. La nueva ola de inmigrantes puede exacerbar el rechazo de la población autóctona. El miedo a que los nuevos llegados ocupen puestos de trabajo y hagan aumentar el desempleo puede conducir a actitudes xenófobas. Europa no se concibe a sí misma como una sociedad multirracial, de modo que algunos países de la Unión no están dispuestos a eliminar fronteras y temen no poder controlar la entrada creciente de inmigrantes.

Otra de las tendencias transnacionales a las que Europa tiene que hacer frente es la cuestión medioambiental. El problema adquiere proporciones diferentes según la región que

se analice. Escandinavia es suficientemente rica para permitirse adoptar una economía que no dañe la atmósfera. El norte de Europa puede destinar mayor cantidad de recursos para paliar los efectos posibles de un aumento del calentamiento global o de una hipotética subida del nivel del mar. El problema principal de Europa puede provenir del Este, de la Europa Oriental, y de otros países en vías de desarrollo. Es en esas regiones donde el daño medioambiental es más grave. Para reducir desequilibrios, las naciones más ricas de Europa deberían ayudar a las menos favorecidas a adoptar políticas más ecológicas.

La revolución biotecnológica puede tener efectos contraproducentes para Europa. La Unión Europea se puede beneficiar de ingresos elevados, ya que dispone de las mayores compañías químicas del mundo dedicadas a la investigación biotecnológica. Pero el aumento de la producción puede también hacer caer los precios de los productos agrícolas, afectando negativamente a los agricultores. Una salida posible ante esta situación podría ser la sustitución de las importaciones por un aumento paulatino de las exportaciones. Europa tendría que convertirse así en exportador neto de productos agrícolas. Esta política perjudicaría a los países del mundo en vías de desarrollo, provocando disputas entre los diferentes países exportadores de alimentos.

Aunque la revolución robótica supone también un desafío para Europa, es probable que no genere tantos problemas. La paulatina automatización de la industria no va a encontrar demasiada oposición entre

los trabajadores, ya que, por lo general, los robots realizan trabajos que son arriesgados e incómodos. La industria robótica genera incluso nuevos puestos de trabajo para empleados/as cualificados/as. Parece poco probable que la automatización en Europa adquiera la importancia que está alcanzando en Japón. Todo parece indicar que en el futuro los robots se irán implantando en la Unión Europea, pero sin llegar a sustituir masivamente el trabajo humano.

El siglo XXI se abre camino en un mar de incertidumbres. Los desafíos de los próximos años son problemas que afectarán de manera global a toda la humanidad. Para hacer frente a esas tendencias hay que adoptar políticas comunes entre los diferentes países. La población actual de casi seis mil millones puede que aumente hasta diez mil millones o más a mediados del próximo siglo. Ese crecimiento se produce de manera desigual, agudizando las diferencias entre los países ricos y los pobres. La explosión demográfica obliga también a reflexionar sobre los desafíos medioambientales, ya que el aumento de la población va a repercutir de manera negativa en el medio ambiente. En los próximos años se puede producir un proceso doble: la revolución biotecnológica influirá en la agricultura tradicional, mientras que la automatización puede cambiar la estructura del empleo. Esos procesos no se producirán de manera aislada, sino que coincidirán con una explosión demográfica en la que millones de personas buscarán trabajo que quizá la biotecnología y los robots ya habrán ocupado. Al mismo tiempo, el número de

empresas multinacionales se prevé que irá incrementándose y, a la vez, la revolución de las finanzas y de las comunicaciones se intensificará aún más. Las tendencias económicas y tecnológicas están cada vez más orientadas hacia un mundo sin fronteras; son desafíos que afectan al conjunto del planeta. Ante esa globalización de los problemas, el Estado-nación, tal

como lo conocemos actualmente, puede verse desbordado por la magnitud de los problemas. Estructuras políticas cada vez más amplias y unificadas pueden surgir para hacer frente a los procesos que se prevén en el futuro. Conviene, pues, prepararse para el tercer milenio.

Xavier MARTÍN-PALOMAS

VÍCTOR PÉREZ DÍAZ
La primacía de la sociedad civil
 (Madrid, Alianza, 1993)

Esta obra, que supone la revisión y puesta al día de una obra anterior del mismo autor, *El retorno de la sociedad civil*, hace un recorrido por la historia reciente de nuestra sociedad y reflexiona acerca de los factores fundamentales de la transición española a la democracia.

Se han producido, en estos años, numerosos análisis de la reciente historia española, que tienen en común el intento de analizar los orígenes de la democracia y las razones por las que esta transición política ha tomado una forma y no otras. La contradicción entre las previsiones anteriores a 1977 y el desarrollo de los acontecimientos políticos posteriores permite hablar de la singularidad de dicha transición y comprender el interés que despierta para los analistas de la sociología política. Los dos grandes temas que se entrecruzan en el libro son el análisis de la transición española y el debate acerca de los

límites a la actuación del Estado, con ayuda de la conceptualización teórica sobre qué es la sociedad civil.

El tema central de análisis, los avatares de la democracia española, marca el atractivo indudable de esta obra que pretende, a través de un recorrido histórico de la configuración del Estado en España, reflexionar sobre la necesidad de limitar la intervención del Estado en una época histórica en la que asistimos al reflujo de su influencia, a la queja de una sociedad que se siente agobiada por la omnipresencia del Estado y que cree que ello dificulta el desarrollo de la sociedad civil.

Esta obra propone una interpretación de la transición política española en base al análisis de las diferentes fuerzas sociales que en ella tomaron parte, dando más importancia a los factores estructurales que a los factores personales a la hora de entender el proceso.

Se trata de un conjunto de estudios sobre el proceso de formación de la España democrática. La historia de España dentro de Europa a lo largo del siglo, las relaciones laborales y la configuración de los sindicatos, la evolución de la Iglesia católica y de su papel político en la sociedad española, las características de la clase política y su actuación en los diferentes niveles de gobierno, así como las formas más recientes de institucionalización de la democracia, se analizan con el trasfondo común de una explicación general del proceso de cambio político sufrido por la sociedad española y la emergencia de las fuerzas sociales que buscan un protagonismo político independiente del Estado.

Las élites políticas de la transición

La obra es fundamentalmente un estudio sobre la transición política española. El hilo conductor central del libro es el fenómeno del cambio político sufrido por la sociedad española en años recientes. No es un libro histórico sobre la transición, en cuanto que apenas se apoya en los acontecimientos políticos de la misma, sino fundamentalmente una obra de sociología política en la que se analizan las razones que le dieron origen y los factores sociales que han influido en su orientación. En conjunto, la obra aparece como una aportación singular e importante a la comprensión de la transición española a la democracia.

Según Pérez Díaz, la transición política española comienza con la mirada puesta en Europa. El autor nos habla

de una generación, la suya, que en los años sesenta se plantea la organización política de España y rechaza de forma radical la sociedad a la que pertenece: sociedad autoritaria, inculta y limitada, que apenas comienza a abrirse al mundo exterior. Esta generación hizo suyo un proyecto histórico de modernización que se consolida veinte años más tarde en base a modelos europeos de organización política. Esta generación configura una nueva cultura política, se inventa una tradición democrática que va aprendiendo en sus experiencias de cambio cultural e institucional.

A diferencia de otras interpretaciones de la transición española, Pérez Díaz reduce enormemente la importancia del rol jugado en ella por las élites. En esta interpretación de Pérez Díaz hay una contradicción entre su relativo desprecio del papel de las élites y su valoración, dentro de la cultura política española, de los pactos. Pérez Díaz destaca, dentro de la transición política española, la importancia de los pactos y cómo el pragmatismo va a incorporarse a los nuevos valores políticos. Lo que sorprende en su argumento es que esa importancia de las negociaciones y de los acuerdos no vaya unida a una fuerte valoración del rol jugado por las élites políticas.

Pérez Díaz deja de manifiesto cómo los pactos y los acuerdos son importantes en la transición española incluso en una perspectiva comparada. Aunque no utiliza la comparación con las formas de restauración de las democracias europeas en 1945, sí que la podríamos tener en cuenta para entender, más profundamente, la importancia de los pactos en la tran-

sición política española. Mientras que las democracias europeas son fruto, en su mayoría, de una intervención militar extranjera que o bien ayuda a los gobiernos nacionales a recuperar la democracia perdida (como son los casos de Francia, Holanda, Bélgica o Austria) o, simplemente, la impone diseñando incluso sus líneas constitucionales básicas (como sería el caso de Italia o el de Alemania), en España la llegada de la democracia es, en gran parte, fruto de un pacto, de un acuerdo en el que todas las fuerzas políticas y sociales ponen algo de su parte sin ninguna intervención del exterior. Todo fue obra de las élites políticas. Y todos cedieron pragmáticamente en cuanto a poder o en cuanto a principios. Como ha escrito Santos Juliá recientemente, éste es un país *amonárquico* que acepta la monarquía como estructura básica del Estado y en el que el monarca, hijo a medias de la dictadura y del tradicionalismo borbónico, acepta la limitación constitucional de su poder ante una sociedad que exige tomar parte democrática en la regulación de los asuntos públicos.

La interpretación de Pérez Díaz, sin embargo, aunque señala la importancia de estos pactos, tiende a desvalorizar la actuación de las élites políticas y sociales. El juicio que se hace de la actuación de las élites políticas es duro y no valora demasiado el papel que tuvieron en la transición política española. En sus análisis hay un desprecio implícito de la clase política cuando interpreta las decisiones tomadas por las élites como «reacciones a procesos en marcha que las élites difícilmente pueden entender y menos controlar».

En el análisis de Pérez Díaz coexiste una fuerte valoración de los movimientos sociales, del papel de las generaciones de trabajadores y de estudiantes que se oponen frontalmente a un régimen político caduco con un desprecio de los líderes de unas y otras fuerzas políticas que se ven *arrastrados* por los acontecimientos.

Su interpretación concede gran importancia a la influencia de los procesos sociales y económicos, reduciendo la influencia de las aportaciones individuales y de las decisiones tomadas por las élites políticas. En su opinión, el rol de las élites es muy moderado y es pobre especialmente la valoración que hace de la clase política española del período de la transición, a la que considera poco preparada y poco informada... «Las élites suelen partir de un conocimiento limitado de sus circunstancias locales y un entendimiento impreciso de su naturaleza, por no mencionar los límites de su comprensión de la situación internacional.»

Es cierto que, en algunos momentos, reconoce el autor la habilidad de las élites políticas, pero, en general, la suya es una interpretación estructural de la transición que da gran importancia a los factores sociales y económicos del cambio político, concediendo solamente un valor *intersticial* a las decisiones de los actores implicados.

En trabajos posteriores, Pérez Díaz se ha referido extensamente a los vicios y deficiencias de la clase política española explicándolos fundamentalmente por la ausencia de una larga tradición democrática. Podríamos decir que hay una paradoja en sus análisis de la democracia española, ya

que uno de los logros de la transición española, el haber sabido aclimatar a los usos democráticos en un breve período de tiempo a una ciudadanía y a una clase política sin tradición democrática, es a la vez el origen de muchos de los defectos que la aquejan. La necesidad de dar rigor y ecuanimidad a la vida política española, en ausencia de una tradición democrática estable, le ha llevado a señalar los rasgos que deberían de incorporarse a la misma: la necesidad de juzgar a los políticos con realismo, la necesidad de juzgar a los políticos con ecuanimidad, la necesidad de no desconfiar de los políticos y la necesidad de inventar mecanismos para evitar o limitar los excesos de los partidos (*El País*, 20-5-93).

Otro de los defectos derivados de la escasa tradición democrática es la falta de transparencia y de objetividad en el debate público. En otro trabajo más reciente, Pérez Díaz ha tomado prestado de la crítica artística el concepto de *hiperrealismo mágico* para referirse al comportamiento de algunos líderes políticos a los que reprocha el hablar de la realidad sin atenderse a ella y el usar un lenguaje contradictorio o incoherente con la acción (*El País*, 1-11-94). Es como si, en el debate público, la mera expresión lingüística cambiara la realidad de las cosas, como si las palabras fueran un conjuro mágico y configuraran por sí mismas la realidad. Pero, a la vez, la desconfianza histórica acerca de las motivaciones y de los comportamientos de la clase política permiten, a su vez, que no se juzgue con rigor la coherencia entre las actuaciones y las palabras de los líderes políticos.

Ahora bien, creemos que la crítica a una actuación política concreta y cotidiana no debe oscurecer el juicio de conjunto que esos mismos líderes políticos merecen. A pesar de los defectos y debilidades que se pueden advertir en los partidos políticos y en sus representantes, es posible elevarse, para tener una visión global de la transición política española, y advertir que, en buena medida, la nueva orientación internacional del país y la estabilización democrática, los dos rasgos fundamentales que configuran el cambio político español, desde una situación de autarquía y autocracia, son deudores de las decisiones tomadas por sus élites políticas.

La cultura política

Una perspectiva constante en la obra es la de los rasgos de la cultura política que se configura a partir de la transición. La nueva cultura política se orienta hacia los sistemas democráticos y el aprendizaje institucional de la democracia se inspira en modelos europeos, fundamentalmente porque el desarrollo económico, que arranca en los años sesenta, tiene como base la apertura hacia Europa. El desarrollo industrial, con la aparición del movimiento obrero y sindical y el comienzo de las negociaciones laborales; la emigración y el turismo, que son las dos vías fundamentales de entrada en España de otros valores y estilos de vida; la educación, como base del cambio social, todo ello contribuye a la *invención* de la sociedad civil, al desarrollo de una España democrática que se va gestando como

trama social, aun durante la dictadura. Las reglas del juego democrático se van ensayando en esta sociedad civil aun antes de que se establezcan como reglas básicas a nivel del gobierno del Estado.

Hace Pérez Díaz un análisis muy importante de la moderación como uno de los rasgos fundamentales de la nueva cultura política que se genera en la sociedad española. La admiración por la tolerancia, la valoración positiva de los pactos, la cultura del entendimiento, más que de la confrontación, la hace derivar fundamentalmente de la experiencia traumática de la guerra civil.

Hay también en la obra una interpretación muy interesante de la guerra civil como antecedente de esta nueva cultura política. La guerra civil es importante en la forma en que ha sido racionalizada como antecedente histórico «inevitable» y que no se oculta, ya que tiene un valor terapéutico enorme como amenaza potencial para aquellos que no sean capaces de llegar a un acuerdo. Pérez Díaz compara esta utilización simbólica de la guerra civil con las tragedias griegas en la forma en que alcanza un aura de *desastre inevitable*, con implicaciones morales muy importantes para el discurso político. La culpa se reparte entre todos los actores del drama y, además, históricamente se les absuelve a todos, pues se reduce su carga de culpa y de responsabilidad, por ese carácter de destino trágico inevitable que se le confiere. Las ideas de reconciliación y de pacto emergen como valores supremos de la nueva cultura política que permite una transición pacífica a la democracia.

La sociedad civil

El tema central de esta obra es el de la sociedad civil, clave en todo su análisis de la transición. La sociedad civil es la trama toda de las actividades públicas que no ha sido invadida por el Estado; es la trama de relaciones, organizaciones y sociedades a través de las que se configura la política en las sociedades democráticas.

En esta obra, Pérez Díaz estudia la formación y la transformación de la sociedad civil en la España contemporánea, señalando a la vez la enorme importancia que tiene y la gran debilidad que la caracteriza. El siglo XX asiste a un crecimiento enorme del Estado, que va penetrando toda la vida civil y que domina con su influencia toda la actividad política. No sólo en los dos grandes sistemas totalitarios del siglo, el nazismo y el comunismo, el Estado ocupa totalmente las diversas esferas de la vida pública, sino que también en los sistemas democráticos asistimos al aumento del Estado y a la ocupación, por su parte, de parcelas cada vez más amplias de la sociedad y de la vida pública.

Para Pérez Díaz, la sociedad civil es el entramado de las instituciones del mercado, las asociaciones y las administraciones. A partir de este concepto, analiza la reciente historia nacional y el nacimiento de un nuevo orden político. La hipótesis central de sus análisis es que la aparición y el posterior desarrollo de la sociedad civil es la fuerza social que equilibra el poder del Estado, y que España se suma recientemente a los países occidentales modernos en los que se reduce poco a poco el ámbito de actua-

ción del Estado, pasando parte de sus responsabilidades a las instituciones civiles de la sociedad. No se trata de que el Estado pierda poder, sino de que las instituciones sociales lo van ganando; estas instituciones son cada vez más las protagonistas de la vida pública y las orientadoras del cambio social.

La tesis de Pérez Díaz sería que, en el último cuarto del siglo, se produce un cambio de tendencia en este proceso de aumento del Estado. Según ella, en la mayoría de las sociedades democráticas se alzan las voces que manifiestan la necesidad de reducir el Estado y de limitar su ámbito de actuación, a la vez que la de favorecer el crecimiento y la fortaleza de la sociedad civil; es decir, se advierte la necesidad de afianzar la trama de vida política y asociativa, independiente del control del Estado, en la que se hagan realidad los dos ingredientes fundamentales de la democracia, la participación y el debate público.

España se sumaría también a esta corriente de freno al crecimiento del Estado y de potenciación de la sociedad civil. Si las democracias occidentales han supeditado el individuo al bienestar social, la reivindicación más reciente sería la de dar más cancha al individuo en la vida política, la de aumentar el marco de actuación de los individuos dentro de las instituciones y reducir el papel del Estado a árbitro de la vida pública.

En esta línea de aumento o de retorno de la sociedad civil se pueden interpretar muchos de los cambios políticos a los que asistimos en estos momentos, como los deseos de limitar el crecimiento del Estado de bienestar. Aseguradas las bases de la

defensa colectiva del bienestar, a través de las políticas educativas, sanitarias y de seguridad social, se levantan actualmente una serie de voces a favor de la reducción del papel del Estado en la economía que, paralelamente al crecimiento del Estado del bienestar, ha intervenido la vida económica hasta un nivel que de alguna manera se opone al desarrollo de las fuerzas productivas y, por ello, a la expansión del bienestar social.

El análisis de la emergencia de la sociedad civil se hace a través de la cultura y del soporte institucional. Las instituciones son los vehículos que, a la vez que expresan una conducta, actúan como mecanismos para reforzarla. En el análisis de las instituciones españolas ve más una promesa que una realidad de existencia de sociedad civil. La orientación cultural y el refuerzo institucional hacia la democracia liberal le parecen todavía un tanto endebles en la sociedad española. Pérez Díaz contrapone el modelo de una sociedad libre, abierta y civilizada, según los criterios de Popper y de Hayek, con la realidad, un tanto particularista y cerrada, que advierte en la sociedad española. Los rasgos fundamentales del modelo de sociedad abierta son, además del imperio de la ley y de la existencia de mercados abiertos, es decir, de una sociedad en la que es posible la competencia en todos los ámbitos sin más límite que el marco de las leyes que se aplican con el mismo rigor a todos, el pluralismo social y la meritocracia, la transparencia de la esfera pública, la existencia de responsabilidades públicas (en cuanto a poder exigirse de los poderes públicos y de la burocracia y

en cuanto realidad de esa exigencia), todo ello acompañado por una serie de normas morales de comportamiento social como el rigor y la honestidad en el trabajo profesional, el respeto a la verdad y a la lógica en el debate público, el respeto a la dignidad y a la libertad individual, así como el respeto a la propiedad privada y a la integridad física de los individuos.

Una vez enunciados estos ideales normativos y estos principios generales de regulación de la vida social y económica, Pérez Díaz advierte cómo están limitados en la realidad concreta de la sociedad española aunque actúen como objetivos simbólicos moralmente deseables. En este sentido es en el que cree poder entender que la tendencia de evolución de la sociedad española es hacia la expansión de la sociedad civil, es decir, hacia el incremento de una trama social democrática básica al estilo de la que existe en las democracias occidentales modernas.

El camino hacia la primacía de la sociedad civil lo analiza en el marco de las relaciones entre la sociedad y el Estado a lo largo de la historia europea. El Estado crece enormemente después de la segunda guerra europea, ya que se le utiliza como mecanismo fundamental de intervención económica y como instrumento de políticas sociales de bienestar. Con el tiempo, la intervención económica choca con la demanda de mercados abiertos y el desarrollo de los mismos y, por otra parte, el cumplimiento de las obligaciones crecientes del Estado de bienestar plantea demandas fiscales cada vez mayores. Estas dos razones principales, unidas a muchas otras reticencias acerca de la intervención crecien-

te del Estado en la vida pública, producen, desde finales de los años setenta, un recelo creciente hacia el Estado y nuevas demandas de la opinión pública en el sentido de desear que se limite el crecimiento del Estado o incluso, como en los Estados Unidos e Inglaterra, que se reduzca en su envergadura y en su extensión.

La nueva filosofía recelosa del Estado y defensora del fomento de la sociedad civil, es decir, del entramado de la vida pública no controlada por el Estado, heredera de la tradición democrática por excelencia, el liberalismo, encuentra una serie de obstáculos en sus avances teóricos y prácticos para configurar las bases de la democracia actual europea. Por una parte, al haberse aceptado políticamente, con carácter general, que el Estado tiene la responsabilidad principal del bienestar del país, incluyendo el crecimiento económico, ya no hay discusión posible sobre ese rol del Estado. Lo que diferencia a los liberales de los estatistas no es ese rol fundamental del Estado, que no se cuestiona, sino el grado de intervención que el Estado debe tener. Ahora bien, en las demandas crecientes de aumento de poder del Estado se aúnan los intereses de la clase política, que ve en ello un aumento de su poder, y los intereses de la burocracia pública, que con el aumento del Estado ve aumentar su terreno de acción. Y ello hace muy difícil cualquier intento de poner límites al Estado.

La tesis del autor es que este crecimiento tan enorme del Estado genera demasiados problemas y dificultades fiscales, por lo que en los años ochenta aparece «un sentimiento general favorable al retorno de la sociedad

civil» que se manifiesta en nuevos acuerdos entre las autoridades públicas, los mercados y las asociaciones voluntarias. Su análisis se hace paralelo con el de las sociedades comunistas, demasiado asfixiadas por el Estado, en las que una sociedad civil que no puede desarrollarse adelanta el derrumbe del aparato estatal.

Cuando los liberales hablan de reducir la intervención del Estado no se les ocurre, al menos en Europa, discutir el rol fundamental que éste deba tener en la seguridad social, la sanidad, la educación y el orden público, sino que pretenden, únicamente, reducir el peso de su intervención en la economía y limitar su esfera de actuación al establecimiento de las reglas del juego y al control que asegure la existencia de los mercados abiertos en la cultura, la sociedad y la economía.

La emergencia de la sociedad civil, y el valor simbólico de la misma como objetivo moralmente deseable, han ganado mucho terreno después de la crisis ideológica y el derrumbamiento político de los sistemas comunistas del Este europeo. Las críticas a la democracia formal y al mercado como sistema de asignación de recursos fueron muy importantes en los años sesenta y setenta en Europa, donde coexistieron formas políticas liberales y democráticas con el predominio marxista entre la intelectualidad universitaria. El ascendiente intelectual del marxismo como teoría fundamental del cambio social se reduce mucho en años posteriores. La crisis de legitimidad del comunismo y la evidencia de su nula eficacia como sistema económico terminan de restar credibilidad a una de las filosofías políticas más tenaces en

el arte de racionalizar una realidad que no coincide con su aproximación teórica. El desarrollo de la sociedad civil se produce, según el análisis de Pérez Díaz, por el cambio de signo del combate que enfrenta a los neocorporatistas, partidarios de ampliar el ámbito de actuación del Estado, y los neoliberales, partidarios de reducir el Estado del bienestar y de limitar la intervención del Estado en la economía.

Dentro de su repaso a las instituciones que configuran la sociedad civil, Pérez Díaz analiza con mayor detenimiento algunas de ellas. Los análisis sobre los empresarios y los trabajadores, así como de sus respectivas instituciones y los procesos de negociación en que se comprometen todos, son uno de los puntos fundamentales del análisis de Pérez Díaz sobre la transición y la utilización de reglas de juego democrático, es decir, sobre la emergencia de la sociedad civil. Hay un aspecto muy interesante del análisis ideológico de estos procesos, y es el que pone de manifiesto que la influencia de la filosofía marxista, con sus conceptos básicos de conflicto de intereses y de lucha de clases, marca un antagonismo inicial en el seno de la sociedad que impide o dificulta la definición de objetivos comunes de carácter social o económico y hace más difícil la solidaridad entre empresarios y trabajadores. Esta situación ha acrecentado, en las sociedades europeas, la desconfianza de los trabajadores respecto de los proyectos globales de desarrollo, tanto a nivel de las empresas como a nivel de los Estados; éste es un problema común en toda Europa, donde el movimiento obrero ha sufrido una influencia extraordinaria del marxismo.

Interés de la obra

Hay mucho en común entre esta obra y la anterior, aunque el avance con respecto de aquélla es innegable. A partir del mismo hilo conductor, los argumentos se hacen más claros y explícitos, incorporando al debate numerosos trabajos que se han conocido en los siete años que van de una a otra. La novedad más importante, con respecto de la anterior, es el análisis de la experiencia histórica más significativa de los últimos años: el derrumbe de los sistemas políticos comunistas. La crisis de legitimidad y de eficacia que produce la quiebra en cadena de los gobiernos comunistas en la Unión Soviética y en los países del Este europeo ofrece un argumento utilísimo a la idea del retorno de la sociedad civil. En los países comunistas ha sido donde se ha llevado a sus consecuencias más extremas la invasión por parte del Estado de todas las esferas de la vida social y la reducción a mínimos de la trama asociativa independiente del mismo. La explicación, en clave de emergencia de la sociedad civil, de los procesos de establecimiento de nuevos sistemas políticos de carácter democrático en los antiguos países de dominación comunista permite entender las dificultades por las que éstos atraviesan actualmente en cuanto a la necesidad de crear nuevas reglas del juego político y asentar nuevos valores que permitan consolidar la base fundamental de la democracia, la sociedad civil.

Pero, indudablemente, lo más interesante de la obra es la reflexión teórica sobre qué es la sociedad civil. El autor pretende darnos una respuesta a

ello separando dos niveles. En un sentido general, la sociedad civil es la sociedad política, es decir, el conjunto de todas las instituciones públicas. En un sentido más restringido, la sociedad civil se reduce a las instituciones sociales de la esfera pública excluyendo las instituciones del Estado. Es decir, el conjunto de las áreas de la vida social que quedan fuera del control del Estado. A lo largo de toda la obra se desprende que la sociedad civil es la trama social a través de la cual se hace realidad la vida social en los sistemas democráticos. La sociedad civil es el elemento esencial de la democracia, la base de la expresión de la libertad y de la capacidad de obrar de los ciudadanos.

El debate que plantea este libro puede interesar tanto a los sociólogos de la política como a todos aquellos que estén interesados en la historia reciente de la sociedad española y en el cambio que en ella se ha producido, ya sea en su perspectiva política, cultural o económica. El trabajo se plantea como un seguimiento en el tiempo de los avatares por los que han pasado las instituciones políticas españolas hasta terminar emergiendo, no del todo consistentes aún, en la nueva democracia española. Este seguimiento está realizado con un nivel de profundidad no habitual en los trabajos sobre estos temas. Su análisis ayuda a entender la genealogía de las instituciones que componen el sistema política actual y el papel que han desarrollado los diferentes actores sociales dentro de las mismas.

Inés ALBERDI

HANS JOAS

Die Kreativität des Handelns

(Frankfurt am Main, Surhkamp, 1993)

Varios son los atractivos que el trabajo de H. Joas *Die Kreativität des Handelns* presenta al lector en general y al especialista en cuestiones de ciencia social en particular. Por un lado, merece especial atención la apuesta teórica del sociólogo alemán consistente en proponer un concepto como el de *creatividad*, utilizado hasta la fecha en el terreno de la microsociología por cuanto monopolizado por la psicología, a la base de toda acción social, incluida la acción medios-fines, pero, en especial, de aquella que funda y crea un nuevo orden, una moralidad colectiva en conformidad con el soporte semántico del grupo. Por otra parte, también es de destacar el protagonismo concedido por parte de Joas a la acción humana y a sus potencialidades realizativas en un recinto como el de la sociología, tan poco dado a aceptar la *implicación ontológica* de los actores sociales en sus dispositivos institucionales correspondientes.

La tentativa de H. Joas aquí presentada se encuadra dentro del grupo formado por las llamadas «*Teorías de la Constitución*», en el cual destacan figuras emblemáticas del pensamiento social actual como A. Giddens, P. Bourdieu, R. Collins, A. Touraine, C. Castoriadis, entre otros. Todos ellos edifican sus marcos de pensamiento sobre dos ideas matrices: 1) El olvido definitivo de los grandes sistemas sociológicos o metarrelatos (marxismo, funcionalismo, etc.) de marcado carácter determinista. 2) El privilegio

concedido a la creatividad humana como soporte último desde el cual entender cualquier tipo de acción social y, en última instancia, todo intento de confeccionar mundos instituidos de significado legitimados en su materialización institucional por la afectividad prerreflexiva (Joas) del grupo.

En cualquier caso, por lo que se refiere a H. Joas, conviene subrayar que el marco teórico desde el cual afronta la labor de incrustar la categoría de creatividad en el espacio sociológico no es otro que el Pragmatismo americano y, especialmente, las aportaciones de G. H. Mead. En concreto, el núcleo de su propuesta teórica, aderezada sobremanera por préstamos recibidos del ámbito antropológico, en especial de A. Gehlen, se enfrenta directamente con la hasta ahora hegemónica perspectiva utilitarista y racioeconomicista, siempre reacia a constatar la indefinición constante de una realidad social abierta, indeterminada y necesitada, para su definitiva acuñación histórica, del complemento de la acción social. La creatividad humana viene a ser una réplica frontal contra las teorías sociológicas que reducen el horizonte social de convivencia a un orden preestablecido dominado exclusivamente por permutaciones mercantiles entre individuos autónomos que, movidos por la lógica del beneficio y dirigidos por su potencial de racionalidad, se caracterizan por el control de sus movimientos, de sus cuerpos, de sus expresiones

siones, sin compromiso alguno con el bien común. En opinión de Joas, la creatividad humana y social aparece como actividad irreductible y fecunda desde la que los grupos y colectivos sociales inventan y confeccionan modelos institucionales de convivencia sobre la base de una realidad social nunca preestablecida, siempre desafiante por su indefinición consustancial (Mead), y, por ende, necesitada de acuñación simbólica para su acabamiento (histórico) bajo la forma de un hogar-mundo.

En cualquier caso, la línea directriz que transita por el grueso de los trabajos de Joas refiere a la creatividad humana entendida como acción social no dirigida por reglas (aquí se distancia de la lógica procedimental habermasiana) y núcleo matricial que anida, desencadenándolo, en cualquier otro tipo de acción social (guiada por el beneficio, por normas, etc.), por cuanto garantiza la opción de, ante un mundo indeterminado y portador de situaciones inéditas, crear desde medios técnicos para determinado fin hasta un nuevo modelo de generación de riqueza, pasando por dispositivos institucionales simbólicamente estructurados que refundan y regeneran el orden social bajo el influjo de una *nueva moralidad e interpretación del mundo*.

Tres son las instancias sobre las que descansa el paradigma de pensamiento confeccionado por Joas en torno al concepto de creatividad social:

1) A partir del legado teórico de G. H. Mead y del Pragmatismo americano, Joas explora los estratos profundos desde donde la operatividad

creativa de las formaciones sociales echa a andar. Su punto de arranque lo encuentra en lo que él mismo denomina la *intencionalidad prerreflexiva*, desde la que las sociedades inventan respuestas a los desafíos que un mundo en constante abertura e indeterminación le lanzan. Una situación desconocida, la pérdida de sentido histórico, la desestructuración del equipamiento institucional, interpelean a todo grupo humano forzándole a dar respuesta mediante la formación de una nueva constelación de valores que moralicen la vida del grupo y ofrezcan a éste *algo a qué atenerse*. Por tanto, en consonancia con Mead, la creatividad, en tanto instancia antropológica que define a una naturaleza humana transformadora del entorno (caótico) en cosmos (ordenado), facilita el despliegue de una acción portadora, no de unos fines preestablecidos, de un mundo estimulador clausurado y fijo, sino de una intencionalidad prerreflexiva que dirige sus actos, su sentido (frente a la concepción sociológica clásica del conocimiento humano entendido como *contemplativo*), gestando así los perfiles de un nuevo orden nómico-moral que sustituye al anterior.

2) El siguiente momento de su teoría de la acción creativa descansa sobre una novedosa concepción del *cuerpo* del actor social, a menudo entendido desde el punto de vista instrumental en tanto sometido al control racional del sujeto económico. En consonancia con la irreductibilidad creadora de la dimensión prerreflexiva de la intencionalidad humana, Joas ausculta la faceta deseante del cuerpo, su estructura preconsciente y

afectiva, estudiada especialmente por la antropología gehleniana. Para ello, y con la mira puesta en derribar la concepción instrumental y pasiva del cuerpo, el sociólogo alemán fija su mirada analítica en la exuberancia incontrolable de impulsos, en la irreprimitible e indeterminable sensibilidad que fluye por la estructura corporal del actor social. Si para la teoría utilitarista, privilegiada hasta fechas recientes por la tradición de pensamiento sociológico, el actor controla su cuerpo en un horizonte objetivo en el que el cálculo racional dirige la acción individual, el paradigma teórico de Joas defiende la visión *subjetivizante y expresiva* del cuerpo, cuya lógica emocional de funcionamiento desdeña toda perspectiva instrumental. En definitiva, Joas privilegia al cuerpo como reducto *a priori* de la activación intencional que dota de sentido y orientación a toda acción social. El *biopoder*, el control de los cuerpos que, al decir de Foucault, el capitalismo llevó a cabo para insertarlos disciplinariamente en el aparato de la producción, deja paso, en opinión de Joas, a la libre expresividad de aquéllos en un entramado institucional no represor de su subjetividad latente, auténtico motor de la creatividad humana en general.

3) En última instancia, la propuesta de Joas focaliza su atención en el soporte constitutivo de todo desarrollo de la identidad individual. De hecho, en el constante e imparable proceso de socialización, de asunción por parte del sujeto del *otro generalizado* (o comunidad social) y de su condición de miembro de un orden de convivencia normativizado, la

misma forma social se recrea y se reproduce prolongando su identidad en el tiempo. Siguiendo el surco del pensamiento de G. H. Mead, Joas no constata la pretendida colisión *individuo-sociedad*, ambos con intereses contrapuestos, que buena parte de la sociología clásica ha mantenido. En efecto, la visión del sociólogo alemán tiende, más que a su mutua exclusión, a su complementación, de modo y manera que la racionalidad y la estructura de personalidad del individuo se gestan en el seno de concretos y específicos horizontes de experiencia intersubjetiva, mientras que el tal proceso de socialización permite consolidar y recrear la estructura del *otro generalizado* como una entidad colectiva irreductible al fenómeno individual. En concreto, el momento en que lo social y lo individual coinciden y se interpenetran, en opinión de Joas, es en el *rito*, donde la sociedad da entrada a los nuevos integrantes sometiéndoles a diferentes procesos de regeneración espiritual, lo que les confiere una estructura de personalidad configurada por la simbólica colectiva sin menoscabo de su especificidad psíquica.

En definitiva, el privilegio que Joas concede a la creatividad social sirve, en el seno de nuestras sociedades diferenciadas, como contrapunto a la espesa capa de pesimismo y zozobra que la carencia de *nuevos dioses* (Durkheim) ha provocado en las mismas. En concreto, la tal creatividad social desbloquea la, hasta ahora irrecognocida, participación directa de los actores sociales en los procesos de creación del andamiaje institucional,

de órdenes e imágenes del mundo. El supuesto moderno que defiende la existencia de una lógica evolutiva que se despliega anónimamente en la continuidad histórica mediante formas sociales progresivamente más complejas se ve sustituido por una concepción *discontinua* del devenir del tiempo histórico donde la metáfora de la *línea* deja paso a la del *círculo*, a las figuras de la *recurrencia* y de la *reversibilidad*. En efecto, los momentos de *ruptura* y *caos*, de vacío axiológico, de desilusión colectiva, abren las puertas a lo que Beck denomina *la invención de lo político*, a la participación *inmediata* y *ontológica* de la sociedad en la elaboración de su percepción del mundo entendida como una reinvención de valores y de constelaciones de sentido proyectadas por el sustrato emocional del grupo. Es en este momento de presencia directa de la creatividad humana ínsita en toda experiencia intersubjetiva cuando la *autodeterminación* social, el reconocimiento por parte de los actores de que los órdenes sociales de convivencia son expresión y obra de su voluntad (no es otro el objetivo de los Nuevos Movimientos Sociales en las sociedades tardocapitalistas), se deja notar con más evidencia. En definitiva, la autodeterminación *democrática* que potencialmente pervive en el magma creativo de toda formación social, conmina a los actores afectados a producir su propio modelo de sociedad, con mayor o menor complejidad, pero siempre ajustado, no

tanto a cuestiones de inevitabilidad histórica (propia del determinismo de los metarrelatos), sino de valoración e interpretación prerreflexiva y profunda del grupo.

Por otro lado, conviene apuntar en el debe de Joas el hecho de que parece entender las múltiples acciones creativas de la sociedad *ex-nihilo*, desde la nada. Olvida el sociólogo alemán que toda instauración cosmovisiva, todo nuevo orden del mundo, en definitiva, todo código nómico-normativo, se desencadena, en su proceso genético, desde un universo de mitos, ilusiones y modelos arquetípicos legado por el conjunto de la historia de las sociedades humanas, los cuales sirven de referencias predispositivas (Dioniso, Hermes, Prometeo) por donde la intencionalidad, la ilusión colectiva encuentra canalización, direccionalidad y, en última instancia, objetivación bajo la forma de nuevas significaciones sociales (Progreso, Jesucristo, Mana) entendidas como soportes imaginarios garantes de la *identidad colectiva*. Más en concreto, la mecánica creativa no debe olvidar las aportaciones de la imaginación y de sus contenidos arquetípicos, siempre que se entienda por ella, frente a las tendencias reproductivas de la razón, la *facultad de lo posible*, el embrión de toda nueva esperanza humana sobre la que edificar una vida colectiva portadora de certidumbre existencial para su miembros.

Celso SÁNCHEZ CAPDEQUI

ANTONIO LUCAS MARÍN (coord.)

Sociología para la empresa
(Madrid, MacGraw Hill, 1994)

La sociología contemporánea, en mi opinión, se ha ido desarrollando en los últimos veinte años —y se sigue desarrollando— más sobre la consolidación y la extensión de sociologías sectoriales que en el de la teoría sociológica en su sentido de principios abstractos sobre el conocimiento de los hechos sociales, con su focalización en la formulación de presupuestos, elaboración de hipótesis generales y creación de modelos analógicos o simbólicos. Sin embargo, sigue vivo el desarrollo de las ideas de R. K. Merton acerca de la importancia de las «teorías de rango medio» elaboradas en especial alrededor de relaciones sociales estructuradas en marcos definidos; y también sigue vivo —incluso como un rasgo importante de nuestro tiempo— «el retorno de la gran teoría en ciencias sociales». Este retorno recupera bastantes contenidos humanísticos, empezando por contextualizarlos dentro de las «ciencias sociales» más que dentro de la materia o disciplina específica que denominamos «sociología». Por lo menos, se ha conseguido recuperar la convergencia hacia determinados objetos de estudio de disciplinas como la sociología, la historia, la psicología, la lingüística y la antropología cultural, entre más afines entre sí. Y lo enfatizo porque tiene también algo que ver con la perspectiva científico-social adoptada por el coordinador del libro que se reseña¹.

Una de estas sociologías sectoriales, desarrollada —incluso se podría decir que expandida— por el interés que ha suscitado en distintos y diversos ámbitos de la vida económica, laboral, política y social, es la «Sociología de (o para) la empresa», estrechamente vinculada —e incluso a veces identificada— con la «Sociología Industrial». Su interés radica en que tiene su origen en fuentes no únicamente procedentes del campo de la «sociología», sino también de la «psicología», la «psicología social», la «economía» o «las relaciones laborales y sindicales»... Y, desde luego, aunque abarque principalmente, tal como se desprende de su denominación, los fenómenos sociales que acontecen en el ámbito de la «empresa», mantiene desde sus orígenes una vocación interdisciplinar que se proyecta en ámbitos teóricos y metodológicos más amplios: como los de las organizaciones y los grupos.

Sin duda, esta sociología ha sido revalorizada por las necesidades de conocer, comprender e interpretar las crisis empresariales (y de organizaciones) vinculadas a las grandes crisis económicas, desde la «gran crisis» de Wall Street de 1929 hasta las crisis de la energía de los años setenta, y sigue siendo actualizada, respecto también de la actual crisis económica derivada de la Guerra del Golfo y de la reestructuración económica mundial después de la caída de las economías de la ex Unión Soviética y países comunistas del Este europeo.

¹ G. SKINNER, *El retorno de la gran teoría en ciencias sociales*, Alianza, Madrid, 1985.

La empresa como organización e institución ha estado vapuleada por los vaivenes de la economía mundial y ha sido siempre sensible a los procesos de integración de grandes áreas políticas y económicas. A pesar de ello, como estructura que es al mismo tiempo económica y sociológica, se ha mantenido estable por el peso de los elementos del sistema empresarial y, aunque ha integrado sin grandes traumas los cambios estructurales y funcionales necesarios para su reorganización y competitividad, ha tenido que someterse a determinados condicionantes políticos exigidos por su integración al sistema mundial. Ha habido una importante diferencia de objeto, desde los primeros estudios locales de «sociología industrial» realizados en 1926 por E. Mayo y sus colaboradores acerca de los problemas laborales en la Western Electric Company de Hawthorne, hasta los numerosos estudios de los años cincuenta y sesenta sobre la alienación en el trabajo y de los años setenta y ochenta sobre los efectos de la automatización e informatización de la empresa. Se podría decir que el campo de aplicación de la sociología de la empresa se ha ido extendiendo desde el análisis de los problemas principales de la organización industrial a aspectos nuevos, vinculados al campo del poder, como la política social, «la democracia industrial», el conflicto de clases, el sindicalismo y el conflicto industrial, el poder corporativo y, desde luego, los aspectos generales de la problemática del empleo, desempleo, economía sumergida y trabajo de la mujer.

Por la indudable importancia que

tienen los estudios empíricos en la reestructuración económica y social del mundo empresarial que está aconteciendo en diversas áreas geográficas y económicas, se comprende la creciente «instrumentalización» de las técnicas de la sociología que tiene lugar por parte no sólo de las consultoras y departamentos de estudios de las grandes empresas y organizaciones empresariales y sindicales, sino también por parte de las organizaciones políticas, regionales, nacionales e internacionales. De esta manera, se vuelve a las críticas realizadas al saber sociológico en el contexto de la sociedad industrial avanzada de los años cincuenta por T. Adorno y M. Horkheimer, y queda muy claro que la sociología —por lo menos la empírica— se ha convertido en una «ingeniería social» justificada y justificable mucho más por objetivos reformistas que por fines de transformación económica, social y política².

En España, la Sociología de la Empresa se ha ido desarrollando lenta pero persistentemente en el contexto universitario, al calor tanto del interés que ha suscitado el aumento de los conflictos en las relaciones industriales y el temor a los efectos de las numerosas crisis empresariales como a la necesaria reestructuración empresarial que se ha realizado en los últimos veinte años. Generalmente, las materias universitarias se han ido estructurando a partir tanto del aumento de las publicaciones monográficas en revistas editadas en las universidades o institutos especializados, como de

² S. R. PARKER *et al.*, *Sociology of Industry*, London, Allen and Unwin, 1973.

la incorporación a los planes de estudios de nuevas especialidades en las Facultades tanto de Ciencias Económicas y Empresariales como de Sociología.

El contenido del libro que reseño queda, pues, enmarcado tanto por la problemática del conflicto laboral, sindical y político en la sociedad post-industrial contemporánea como por el interés que ha ido suscitando paulatinamente este conflicto en los mundos universitario y político. Además, recoge no sólo materias económicas, laborales y sociales que tienen que ver con el mundo de la empresa, sino también, por extensión, de las organizaciones. Ambos campos: el de la Sociología de la Empresa y el de la Sociología de las Organizaciones, no sólo están estrechamente interrelacionados, sino que incluso en muchos aspectos se identifican, solapan o recubren.

Tal como se presenta, esta *Sociología para la empresa* tiene el carácter más de manual, estructurado en forma de lecturas temáticas, que de obra teórica y metodológica. Sin embargo, la inclusión de dos trabajos de cabecera, uno del coordinador y otro de Cándido Monzón, sobre «El estudio sociológico de la organización empresarial» y «Aportación de la Psicología de la Empresa», respectivamente, permite plantear algunos de los problemas generales de la materia en sus relaciones estrechas con la Sociología, la Psicología y la Psicología Social, y también con los restantes aspectos convergentes con otras ciencias tanto sociales como jurídicas.

Los tres principales objetivos de este libro de texto han sido explicita-

dos por parte del coordinador del equipo en tres puntos: *a)* enmarcar el mundo empresarial en el contexto de la ciencia y de la investigación social; *b)* hacer comprensibles las relaciones de la empresa y su entorno; y *c)* ver cómo el cambio social afecta a las organizaciones económicas, objetivos que corresponden a las tres grandes partes en que se divide el libro. Cada capítulo contiene una bibliografía específica bastante completa, mucho más útil, en mi opinión, que lo que hubiera sido una bibliografía general, sobre todo por su operatividad temática.

Pero también contiene aspectos metodológicos y sobre todo de aplicación, claramente orientados por la sociología, y que frente a otros libros con denominación parecida pero organizados desde perspectivas mucho más económicas y empresariales, destacan por su utilidad para los sociólogos y psicólogos sociales de la empresa.

Algo más discutible, sin embargo, es la perspectiva teórica sociológica adoptada por los autores y que subyace en los contenidos, más orientada hacia una concepción instrumental adaptativa de la investigación sociológica que crítica. El afán por buscar —y encontrar— aplicaciones específicas de la Sociología a la empresa termina por convertirse en cierta servidumbre «funcionalista» hacia el modelo económico-social y político-empresarial de la Europa comunitaria, que se sobrepone fácilmente —quizá con excesiva facilidad— al modelo crítico del conflicto de grupos y clases dentro de la empresa y las organizaciones empresariales y buro-

críticas. Una mayor perspectiva crítica hubiera quizá equilibrado esta búsqueda y formalización de una sociología especializada, casi técnica, capaz de ayudar a la empresa y a sus directivos a la adaptación organizativa política en un momento histórico de cambios estructurales profundos y concretos, como los que estamos viviendo.

También es cierto, en contrapeso, que al observar desde perspectivas tanto micro como macrosociológicas el mundo de la empresa, mundo complicado por su propia naturaleza sociológica, la sociología del conflicto tiende a diluirse en una sociología aplicada articulada necesariamente con los mundos sistémicos de la política económica y laboral. Por lo tanto, cualquier punto de vista queda subsumido por la complejidad del acontecer cotidiano en la empresa como estructura y en sus elementos funcionales, lo que exige reconocer la complejidad de la problemática empresarial en nuestro tiempo y con ello proponer una visión múltiple desde diferentes disciplinas, e incluso variada desde la exigencia de los propios objetos de investigación, aspectos claramente propuestos y llevados a cabo por este equipo de profesores de diversas Universidades del Estado español³.

³ Por orden alfabético, los autores de los diferentes artículos en el libro son los siguientes: Menchu Ajamil, Jesús de Garay, Isabel de la Torre, María Eduvigis Sánchez, Leonor Gómez Cabranes, Germán Gómez Llera, Antonio Lucas Marín, Antonio Martín, Cándido Monzón, Alfonso C. Morales, Juan Ortín, José Pérez Adán, José Ramón Pin Arboleda y María Violante Martínez.

Quizá la diversidad de procedencia, así como de diferente formación académica, de estos profesores sea la causa de que si bien se ha dado inicialmente una unidad de criterios por parte del coordinador del libro, la variedad de perspectivas teóricas y metodológicas se hace evidente en los contenidos expuestos, cuyos objetivos son distintos: unos expositivos y analíticos, y otros —la mayoría— orientados hacia las aplicaciones prácticas.

En la primera parte, «Empresa y Ciencias Sociales», se plantea la relación entre el mundo del trabajo y de la empresa con la estructura de logro de la sociedad capitalista avanzada, así como con las ciencias sociales, y en especial con aquellas cuya dedicación a formar y modelar una sociología sectorial, llámense «Sociología de (o para) la empresa», «Sociología Industrial» o «Sociología del Trabajo», han tenido una mayor incidencia: como la Sociología general, la Teoría Sociológica, la Psicología Social, la Sociología del conflicto, la teoría de la estratificación social y la Sociología del cambio, por poner unos ejemplos evidentes.

Como de especial importancia se considera la concepción de la «empresa» como un sistema «abierto» dentro del cual la cultura interna específica que se ha modelado en el tiempo facilita tanto su proyección hacia el exterior, hacia el mundo de la complejidad económica y de la competitividad, como la elaboración de signos y marcas propios y entre los que las formas de organización y de comunicación aparecen como las más relevantes. La empresa se analiza así simultáneamente como una estructura orga-

nizativa e institucional, y no únicamente de ámbito y fines económicos, sino también —o muy especialmente— sociales y culturales.

No hay, pues, que perder de vista en ningún modelo ni perspectiva teórica sobre la empresa el hecho de que en ella interactúen en flujos temporales conjuntos complejos de personas con sus bagajes de carácter, personalidad, formación y, sobre todo, fines diferenciados, que a ciertos niveles aparecen contrapuestos y por ello potencialmente conflictivos. Además, siempre interfieren en las relaciones comunicativas problemas de la estructura psicosociológica, como el liderazgo, las motivaciones, el interés, las dinámicas internas de los pequeños grupos y su comportamiento, en el sentido planteado por G. C. Homans en el *Grupo Humano*. Además, como sucede en todo proceso de iniciación e integración en las organizaciones/instituciones, el aprendizaje no sólo es profesional y de tareas, sino, sobre todo, de normas y valores.

La investigación acerca de la empresa suele llevarse a cabo desde metodologías de base sociológica, en especial a partir de la encuesta, la entrevista y el grupo de discusión, aspectos que se exponen en esta primera parte debido a que cada vez resultan tener mayor importancia los resultados obtenidos por la aplicación de técnicas de investigación social tanto cuantitativas como cualitativas para el conocimiento y diagnóstico de situaciones y, sobre todo, para la pertinente toma de decisiones.

En la segunda parte, «La influencia del entorno», se publican artículos novedosos y muy cuidados acerca de

los nuevos problemas sociales y de valores que han surgido en los últimos diez, quince o veinte años con motivo del deterioro del medio ambiente y de los cambios en la ética empresarial, todo ello ensombrecido por causa de la extremada competitividad surgida por las crisis económicas en todos los países industrializados, con efectos en especial en España. Además, cada vez toma mayor peso en la organización la concepción «cultural» de la empresa, considerada tanto unidad de producción, distribución o servicio como unidad socio-cultural de pertenencia, y en la que junto a los objetivos de productividad y lucro se añaden los fines de solidaridad interna y creación y respeto a las normas y valores propios y singulares, aspectos importantes que pueden tener una decisiva influencia en la imagen del producto o servicio y, con ella, en el crecimiento o estancamiento empresarial.

El problema planetario del deterioro y degradación del medio ambiente por la actividad empresarial, por diversas causas, como la actividad de contaminación por ruido, desechos o residuos en determinadas empresas industriales o los «ensayos» militares en los campos de las redes de información y de armas nucleares y bacteriológicas, se proyecta como una «espada de Damocles» sobre las cabezas de los responsables de las empresas contaminantes y sobre su futuro. Es bien cierto que la agresión al medio ambiente en España ha sido local y comarcal, pero sus efectos se están extendiendo cada vez más espacial y temporalmente (afectan a más territorio y duran cada vez más). Aunque

determinadas empresas —generalmente las grandes— han creado departamentos de medio ambiente que intentan solucionar los posibles daños causados por la actividad contaminante e incluso prevenirlos, este proceso sólo se ha iniciado debido al indudable costo económico y de imagen que implica. Sólo una política de desarrollo tecnológico «limpio» y de compensación de los daños sufridos por las comunidades y espacios, unida a una política de crear climas de opinión favorables a ensalzar el respeto al medio ambiente por parte de unas empresas, y a criticar la actuación de aquellas que no lo hagan, puede terminar con el daño tan extenso que se está haciendo al medio natural y a la Tierra, así como a la estructura económica y a la política ambiental en su conjunto.

Dentro de los nuevos aspectos conflictivos de ámbito social, que han surgido recientemente, sobre todo por el cambio de valores, destaca el del nuevo tratamiento que están teniendo los problemas de la discriminación sexual de la mujer en la empresa, sobre todo del «sexismo» empresarial, de directivos e incluso de compañeros. Esta discriminación puede manifestarse en formas específicamente denigratorias: como el acoso sexual o, lo que es más corriente, la total subordinación femenina al trabajo masculino, en tareas sin responsabilidad ni iniciativa.

Si uno de los más importantes elementos de cambio que tenemos en España se vincula con la creciente importancia del papel de la mujer en el trabajo, que aunque unas veces complementa al del hombre otras

veces lo subsume y supera (no olvidemos la capacidad y talento de la mujer para trabajos minuciosos, lentos y sutiles). Este papel, que no es reconocido todavía en la mayoría de las empresas, posiblemente por su coste económico y de poder, aparece como un nuevo foco de conflicto.

El análisis de la deficiente y conflictiva situación del mercado laboral en España es otro punto importante del libro, enmarcado en las desigualdades regionales. Se destaca que, a pesar de la relativa fiabilidad de las fuentes estadísticas sobre empleo/desempleo y actividad oficial/actividad real, se pueden realizar diagnósticos globales o sectoriales de la situación española que necesariamente tienen que ser críticos con las políticas económicas liberales y reconocer, además, las características desfavorables en competitividad de las empresas españolas respecto de las europeas comunitarias. A pesar de ello, se dibuja una crítica importante —e interesante— hacia la falta de consolidación y el mal funcionamiento del «Estado Interventor», es decir, de la Administración y de las instituciones político-económicas y jurídicas de mediación laboral.

Si la empresa es por definición una organización maximizada en su funcionamiento y fines, entonces el entorno o «conjunto de personas, objetos o elementos de cualquier naturaleza que, siendo externos a la empresa, tengan alguna significación» tiene una importante relevancia, aunque difícil de delimitar. La distinción entre «entorno interno» y «externo» de la empresa y entorno global o de la «sociedad humana», así como el dife-

rente tipo de relaciones entre actores colectivos con distinta influencia (como pueden ser los accionistas, los proveedores y los empleados), ayuda al análisis del conflicto, aunque puede también perturbarlo, puesto que el valor relativo de cada estructura es difícil de evaluar.

Desde estos presupuestos, se considera que el análisis del entorno socioeconómico de la empresa sólo puede realizarse a partir de un modelo de «sistema de transacciones». A su vez, el tipo de transacción (ocasional o recurrente), así como su dimensión, se debe de poner en relación con el grado de incertidumbre que presentan las interrelaciones, y de lo que resultan tipos diferentes de posibles contratos formales o informales. Las empresas pueden plantearse estrategias operativas teniendo siempre en cuenta la existencia, relevancia y capacidad interactiva de los elementos más relevantes del entorno. Este modelo de interpretación de las organizaciones implica la existencia de consistencia en los intereses, habilidades y necesidades de los individuos en su actividad laboral, y conduce inevitablemente a un replanteamiento de la importancia de la política de «recursos humanos» en la empresa.

No se puede tampoco hablar de «sociología de la empresa» sin tomar en consideración uno de sus campos de análisis más importantes: el de las «relaciones laborales», aspecto vinculado a nivel macroestructural con las teorías acerca tanto de la división social del trabajo como de las clases sociales y la estratificación social. Las formas, mecanismos y transacciones específicas de la negociación colectiva

reflejan ineludiblemente las tensiones políticas en el ámbito económico, y también las relaciones de poder entre Estado, organizaciones empresariales y sindicatos. Sin embargo, estos actores colectivos, denominados generalmente «agentes sociales», son instituciones y colectivos de intereses, cuya característica sociolaboral es que están periódicamente en tensión y conflicto. Debido a las consecuencias para la estructura empresarial de la reciente crisis económica y financiera, cada vez más se tiende en la negociación a la «particularización», reflejando sus resultados más las tendencias empresariales que las políticas sociales vinculadas a los programas gubernamentales. En España, la tensión en la negociación colectiva es siempre extrema y conduce a que seamos el país laboralmente más conflictivo de la Europa comunitaria, lo que refleja la existencia tanto de una fuerte conciencia de clase entre los asalariados como de poder en sus organizaciones, e incluso con repercusión en los ámbitos político-autonómicos y locales, tal como se está viendo con las reestructuraciones empresariales que se están aplicando en los sectores del automóvil, minería y siderurgia.

La adecuación estructural entre sistema económico y sistema político que existe en España en la actualidad se observa por la progresiva compatibilidad que se da en la práctica entre capitalismo y democracia. Sin embargo, no hemos llegado a conseguir la «democracia industrial» o «democracia plena de las relaciones laborales», debido a diferentes factores vinculados tanto al temor de los sindicatos de clase a ser integrados totalmente

en la estructura empresarial como al lógico miedo patronal a perder su poder actual de decisión. Nuestra tradición histórica de participación de los trabajadores en la empresa no se ha vinculado a la democracia, sino más bien a las convulsiones políticas y al extremismo ideológico durante la Guerra Civil, como se demuestra por la organización y los objetivos de las comunidades anarquistas y socialistas entre 1936 y 1939. Nuestra tendencia a partir de los años setenta —con los inicios y, posteriormente, plena consecución de la democracia política— ha sido más bien mediterránea, con tendencia a conseguir progresivamente mejoras laborales de los empresarios, pero sin dejar de tener presente la existencia, permanencia y actualización del conflicto de clases, maximizado en determinadas circunstancias, como la huelga general de diciembre de 1988.

El conflicto y la cooperación en las organizaciones empresariales se vuelve a tratar en otro artículo, distinguiéndose diferentes tipos de conflictos según el ámbito en que se sitúan dentro de las organizaciones: interindividual, intra/intergrupales, intra/extraorganizativo, etc., adquiriendo especial relevancia los conflictos relacionados con la estructura organizacional y su lógica vertical y autoritaria. Dentro de la organización es donde adquieren relevancia los conflictos puramente laborales: como la competencia por cubrir los mejores puestos de trabajo, por lograr los recursos escasos, así como los problemas derivados del flujo del trabajo, las consecuencias de la excesiva burocratización y la jerarquización de la autoridad. Las empre-

sas han creado, frente a estos conflictos y sus consecuencias, diversas estrategias. Entre ellas destacan: la prevención de las disfuncionalidades por medio de la selección de los recursos humanos, la permanente actualización de los puestos de trabajo y de las plantillas y el establecimiento de normas internas para canalizar los conflictos. Pero como el conflicto surge frecuentemente sin esperarlo, las empresas suelen planificar alternativas y buscar soluciones adecuadas que, aunque provisionales, permiten una funcionalidad, con duración más o menos larga. Las nuevas tendencias empresariales conducen a la búsqueda de soluciones de carácter democrático, sobre todo cuando se necesita crear nuevos cauces de negociación y cooperación entre los actores laborales y sindicales.

Finalmente, el tratamiento del importante tema del absentismo laboral en la empresa se vincula con los dos grandes enfoques que existen para su estudio: el empresarial, sobre todo el directivo, que implica la intervención del médico para controlarlo; y el adaptativo, que valora el absentismo en relación con la mayor o menor adaptación del trabajador al puesto de trabajo. Se reconocen también los efectos en el grado de absentismo de determinados colectivos de aspectos de relación interindividual en la empresa: como la baja moral laboral, las malas relaciones sociales entre compañeros, la imposibilidad de promoción, etc., que en el fondo son respuestas individuales a las fuertes tensiones laborales que se viven en muchas empresas, en especial en aquellas en crisis.

Además, desde la masiva incorpora-

ción de la mujer al trabajo a partir de la II Guerra Mundial en muchos países europeos, y en los últimos veinte años en España, la ausencia periódica de la mujer al trabajo se relaciona tanto con sus ciclos biológicos como con la presión de su doble papel (asalarada/ama de casa), por lo que su persistencia se considera inevitable. Sin embargo, se observa también que el volumen de ausencia laboral es muy diferente no sólo por sexo, sino también por tamaño de la empresa, sector productivo e incluso región de implantación empresarial. El necesario control del absentismo se vincula cada vez más con la planificación prevista de los recursos humanos y la optimización de las tareas y los puestos de trabajo, lo que indica que una política flexible de adaptación laboral puede modificar a la baja los altos porcentajes de faltas al trabajo que existen en la actualidad.

Todo el contenido del libro presenta un matizado análisis sociológico de los distintos aspectos específicos que se estudian desde la Sociología de la Empresa. Por una parte, recupera la importante incidencia que están teniendo en las organizaciones-instituciones analizadas (y también sobre las relaciones que se crean en ellas) los cambios producidos a finales del siglo XX tanto por el desarrollo e implantación de las nuevas tecnologías (con énfasis en las de la comunicación e información) como por la transformación —indudable e inevitable— de los valores económicos, medioambientales, laborales e incluso políticos a nivel del mundo empresarial.

Los elementos del cambio social general que se incorporan están afectando

y transformando al propio «sentido» de la empresa como institución exclusivamente socioeconómica al revalorizarla como institución social en un sentido amplio. Empieza a ser —y será— algo más que una unidad de actividad económica: posiblemente una microsociedad organizada alrededor de las decisiones económicas y técnicas de los distintos actores de la producción; o bien se convertirá en una estructura del poder económico-social, pero abierta a la participación y a la solidaridad social.

De esta manera cristalizan en formas nuevas (en la organización, en el comportamiento y en las relaciones internas y externas) los efectos de las contradicciones que produce en nuestro país el desarrollo capitalista avanzado (de dominancia europeo-occidental) en la era de la información-comunicación. Se sabe poco de las contradicciones producidas por el cambio tecnológico y sociológico en las empresas y nos remitimos a las concepciones de D. Bell y A. Toefler para señalar que, debido a los efectos no esperados de los nuevos fenómenos empresariales (nueva estructura económica mundial, mundialización de los problemas sociales, desigual uso de las nuevas tecnologías, efectos de las desigualdades educativas y culturales según países), se puede crear un «malestar» económico-social e incluso político que se puede percibir en las nuevas formas como se manifiesta el deterioro del clima laboral, en la sumisión de los sindicatos a cualquier medida que mantenga o promueva el empleo sin criticar sus futuros efectos, y en la incapacidad de la Sociología para dar respuesta al

reto de las nuevas formas de dominio económico de las estructuras empresariales multinacionales...

Aunque los autores de los capítulos sectoriales en la mayoría de los casos más bien se plantean estos problemas y sólo intentan ofrecer soluciones en aspectos puntuales, siempre el querer enfrentarse con el cambio promueve el debate abierto (debate defendido por todos los autores y especialmente por el propio coordinador en la «Introducción») y con ello se van anticipando los rasgos —de momento sólo el perfil— de las nuevas formas de empresa del siglo XXI.

Quizá convendría realizar una ligera crítica al libro, fundamentada en la excesiva amplitud de miras y en su densidad conceptual y teórica, lo cual por otro lado se puede considerar también un factor positivo. Aparece así, en este manual, la idea sociológica de «empresa» como tan amplia que desborda los confines temáticos de lo que hemos considerado «la ciencia de la sociedad» desde A. Comte hasta A. Giddens. O bien se puede también considerar que se está reinterpretando la Sociología como aquella ciencia social concreta de que hablaba José Medina Echevarría en los años cincuenta y sesenta, y cuyos límites con otras ciencias afines (la antropología cultural, la psicología social, la comunicación e incluso la lingüística) son imprecisos. Se solapan a menudo los mismos temas desde perspectivas científicas muy cercanas o bien desde distintas teorías y modelos. Se reinterpretan los temas tradicionales y se incluyen los temas contemporáneos: todo ello con la finalidad de ser actuales, de ofrecer al lector (clara-

mente al profesor y al alumno avanzado) un producto sociológico de calidad y prestancia.

Pero de nuevo al hilo de este argumento se puede poner en duda la posibilidad que planteaba J. Alexander de elaborar una sociología multidimensional, apta para analizar las sociedades complejas que hemos creado y en las que vivimos. Sigo pensando que frente a una posible sociología única, aunque integradora, hay que defender —y estimular— diversos caminos desde sociologías múltiples, en las que puedan existir también convergencias. Como el hombre es diverso, plural y contradictorio por su naturaleza compleja, tal como decía hace ya más de tres siglos M. de Montaigne, sólo podemos devolverle lo «humano» a partir de vincular lo sociológico a lo técnico, y sobre todo criticar desde la sociología la política que gobierna la técnica y la sociedad. Lo humano debe volver a percibirse como próximo para devolverle su sentido original. Ello —como reflexión final— sería la única forma de enfrentarnos sin temor a los retos del deterioro tanto del mundo natural (recursos, ecología, medio ambiente, geografía) como del mundo social en crisis, discapacitado por los errores de una racionalidad político-social equivocada, ya formalizada por T. Adorno y M. Horkheimer como «razón instrumental». Este manual, sin duda, nos ayuda a ponernos al día en estas nuevas perspectivas humanísticas de lo social y, al mismo tiempo, nos facilita la comprensión de la socialización de los componentes humanos en la empresa moderna.

Miguel ROIZ

ALAIN TOURAINE

¿Qué es la democracia?

(Madrid, Editorial Temas de Hoy, 1994)

Desde la publicación de *L'Après-Socialisme* (1980), con el que se sitúa intelectualmente alejado del socialismo como paradigma deseable de práctica social, la línea de análisis seguida por este sociólogo es clara y precisa. El seguimiento de la democracia en su realización práctica es explorado interpretando la actividad de la calle desde la reflexión filosófica y sociológica, complementando las novedades que provienen de la vida social con la construcción teórica. Existe una realidad vital en nuestras sociedades, que el autor ve materializada en la multiplicidad creciente de movimientos ciudadanos, que pugnan por encontrar un espacio reconocido y que ponen en cuestión el discurso normativo sobre los procesos políticos, en la misma medida en que aportan soluciones al mismo. Su planteamiento de la potencialidad de los movimientos sociales como transformadores de la realidad democrática, o como activadores de la misma, sigue una línea ascendente y enriquecida en sus textos.

Su libro anterior, *La crítica de la modernidad* (1993), presentaba un estudio de contenido más filosófico que sociológico, que sirve de fundamentación a esto que viene siendo hilo conductor de su discurso en las últimas décadas. Se trataba del análisis de lo que supuso y supone «la modernidad», recuperando los elementos que son hoy tan fértiles como antaño, y depurando aquellos otros que con el paso del tiempo limitan,

más que facilitan, el desarrollo de los principios programáticos.

¿*Qué es la democracia?* es la continuación de aquél en lo que tiene de aplicación de los principios filosóficos a la realización política. Se ubica dentro de la corriente teórica actual que aboga por una supuesta línea intermedia de reflexión entre liberalismo y socialismo, entre los excesos utópicos del participacionismo y los riesgos de los esquemas meramente representativos. El discurso de la racionalidad, en base al que históricamente se ha construido el Estado democrático moderno, inunda el campo de los valores de objetividad e individualismo, fundamentados en la recreación del universalismo. Esto produce su efecto perverso en la exclusión de los particularismos, y se extrema en la negación del respeto a la identidad histórica o cultural y, en general, en el rechazo de la diferencia.

De otro lado, la defensa de la identidad que conlleva la incorporación de afectividad y emotividad permite tener presente las demandas sociales que el racionalismo no sólo no contempla, sino que tiende a su anulación. Las sensaciones de pertenencia y lealtad, de cultura e historia particular, se rebelan ante los intentos racionalizadores que los postergan, y su reivindicación, cuando ha habido algún grado de represión, puede convertirse en nacionalismo beligerante. Para Touraine, el punto de desarrollo al que han llegado hoy las democracias occidentales sufre de los excesos

de la racionalidad instrumental, que producen atomización e impersonalización, y que pueden conducir, como reacción, a pronunciamientos políticos considerados preocupantes, como son los populismos y los nacionalismos extremos.

La consecuencia de la exacerbación del discurso de la identidad es la fragmentación de las sociedades en pequeñas comunidades encerradas en sí mismas entre las que se hace difícil un diálogo fructífero. El efecto perverso de la defensa de identidad no tiene otro antídoto que la aplicación de la racionalidad, del mismo modo que salvar el desarrollo político del utilitarismo instrumental, en su dimensión más deshumanizante, pasa por recrear las sensaciones de pertenencia social o adscripción cultural; como dice el autor, «apelamos a una revancha de la afectividad sobre la razón» (p. 298). Una adecuada combinación de racionalidad universalizadora y de identidad particularista sería el resultado de la aplicación de su teoría: la política del sujeto. Profundización de la democracia y realización del sujeto vienen a ser la misma cosa; para él, cada una es causa y consecuencia de la otra, y encuentra para ambas las mismas amenazas, el tradicionalismo extremo o la absoluta mercantilización.

Aunque, según sus propias palabras, su elaboración teórica se aleja de la «democracia de los antiguos», su concepción de sujeto más recuerda al ciudadano de la cultura clásica, que se realiza en plenitud en la vida pública, que al sujeto en creación (sujeto en proceso, que diría Jesús Ibáñez) que reniega de la asimilación hom-

bre-ciudadano. Resulta confusa su definición de sujeto «como movimiento social», que no distingue su comportamiento humano de su virtud cívica pero mantiene, normativamente, la separación conceptual, en la misma línea de distanciar libertad de ciudadanía o nación de contrato social.

En su reflexión apoya unas veces y critica otras las opiniones de pensadores como Hanna Arendt o Norberto Bobbio en la relación entre democracia social y sistema político, e incide en otros análisis sobre profundización en procedimientos democráticos como pueden ser los de Rawls o Dahl. Pero, sin lugar a dudas, quiero resaltar aquí la proximidad de su discurso a los planteamientos más elaborados de Habermas, y con él de sus seguidores, como es el caso de Cortina en nuestro país. Touraine aboga por la separación de niveles de realidad que impidan la confusión, de tradición socialista, de las esferas social y política. La pervivencia de la democracia pasaría por mantener como tres niveles distintos y no asimilables: la sociedad civil, compuesta por los agentes sociales; el Estado y el sistema político, siendo la función de este último la mediación entre los otros dos. Para Touraine, tanto como para Habermas, sería conveniente que los agentes sociales tuvieran un mayor protagonismo en el desarrollo democrático, sin que ello suponga la asignación de un rol político en el sentido ortodoxo institucional. La separación de las tres esferas recuerda a la habermassiana entre el mundo de la economía, el de la política y lo que denomina el mundo vital, regidos los

dos primeros por la estrategia racional y el tercero por la acción comunicativa. Recordemos que la renovación y profundización democrática vendría, asimismo para Habermas, de la vitalización de la sociedad, que articulándose y mostrándose activa mantenga una distancia tanto de la racionalidad económica como de la representación partidista.

Resulta especialmente útil su descripción de los efectos de la no separación. La confusión entre Estado y sociedad civil conduce a manifestaciones populistas, con altos riesgos totalitarios. La asimilación sociedad civil y sistema político es la causa de las corrupciones en la esfera pública, mientras que la identificación sistema político y Estado supone un alejamiento de las bases sociales y un funcionamiento autónomo, en el que la realidad social queda como referente lejano. La separación entre los tres es tan importante como su interacción. Al analizar la tan manida crisis de representatividad política, no discute la validez de los partidos, aunque sí la medida en que monopolizan las relaciones políticas con el Estado. Se trataría de, como dice Bernard Manin, aspirar a una forma de representación amplia, que permita una expresión más directa y diversificada de las demandas sociales.

Los vínculos entre la vida social y la vida política cambian a medida que el desarrollo de los factores productivos transforma la estructura socioeconómica. Las relaciones de producción que dieron lugar a una específica diferenciación de clases se traducían en unos agentes concretos de representación, los partidos políticos clásicos.

Según el autor, hoy, en cambio, grandes sectores de las sociedades industriales avanzadas se sienten más próximos a otro tipo de proyectos de identidad colectiva, que no responden directamente a conflictos de clase, y que parecen más fielmente representados por otras formas de agregación de intereses, como pueden ser los movimientos ciudadanos.

Este libro describe los retos a los que se enfrenta la democracia en la actualidad y a los que aporta una línea práctica orientativa, que se acerca, a veces, más al discurso político normativo que a la reflexión sociológica. Para Touraine, dichos desafíos serían: la asunción de los deseos de preservar una identidad, sin que ello conduzca a extremos como los que observamos en las comunidades de la antigua Yugoslavia o en el integrismo islámico; la evolución hacia la democracia en países que provienen de dictaduras, sin que ello suponga el desarrollo de regímenes populistas totalitarios, como ocurre en países de América Latina; tanto como la activación de las democracias occidentales desarrolladas, que corren el peligro de naufragar en la apatía ante la burocratización y tecnificación de su entorno. Para el autor, lo que aparece como eje central, dada la división mundial en bloques de desarrollo, es la asunción de la diferencia, la incorporación de «lo otro». Este es el elemento a incorporar en la evolución social y política, fundamentalmente desde una dimensión pedagógica, en un mundo que cada vez con menor sentido puede vivir alejado de la multiculturalidad.

María Jesús FUNES RIVAS

MARIANO FERNÁNDEZ ENGUIITA
**La profesión docente y la comunidad escolar:
 crónica de un desencuentro**
 (Madrid, Morata/Fundación Paideia, 1993)

Todas las previsiones de los debates parlamentarios sobre las dos leyes que han regulado la participación de la comunidad escolar (profesores, padres —y madres— y alumnos) en el período democrático apuntaban hacia una fuerte implicación —para bien o para mal, dependiendo de la ideología política de quien opinase— de la misma en el control y gestión de los centros escolares. Lamentablemente, los resultados no pueden ser más desoladores. Más que a un proceso de participación democrática, estamos asistiendo a un proceso de consolidación del poder de uno de los tres estamentos implicados: el de los profesores. Los discursos de los enseñantes en favor de la democratización de los centros, en favor de la palabra de los padres y alumnos, son cosa de un pasado que, como tan habitual ha sido en nuestra transición, es mejor olvidar.

El lector de esta obra de Fernández Enguita se encontrará con una investigación cuyos resultados presentan una imagen nada benigna del profesorado. Estamos en presencia de un profesorado corporativo (excluyente, en la terminología de Parkin) que sueña con el poder de la clase médica, que recurre a mil y una argucias para esquivar el control o la participación de los padres y los alumnos, que se considera despojado de atribuciones, etcétera.

Este trabajo es el resultado de una investigación sobre la participación en

nueve centros (cuatro de EGB —dos públicos y dos concertados—, tres de BUP —dos públicos y uno concertado— y dos de FP —uno público y el otro concertado—). Los epígrafes que resumen el contenido de la participación en cada uno de los centros son harto elocuentes: un comedor con colegio, la gallardía y la generosidad del magisterio, el silencio de los corredores, etc.

En este trabajo el lector podrá conocer las opiniones de los estamentos afectados en sus propias palabras, palabras procedentes de decenas de entrevistas en profundidad, de varios grupos de discusión, de documentos como las actas de los consejos escolares y de los claustros, etc.

El libro consta de siete capítulos. En el primero se presenta el marco legal de la participación (donde se incluyen comparaciones de la LOECE con la LODE). En el segundo se resume lo esencial de la participación de la comunidad escolar en cada uno de los nueve centros. En el tercero se explican cuáles son los principales puntos de fricción en la participación. En los tres siguientes se analizan cómo contemplan la participación cada uno de los tres principales estamentos: profesores, padres y alumnos. Finalmente, una explicación sobre el porqué de esta tétrica situación.

Los profesores consideran que las atribuciones del consejo escolar

—donde además de estos últimos se encuentran, aunque en minoría, los padres y los alumnos— son excesivas. Especialmente problemática es la potestad que tiene el consejo de supervisar la actividad docente del profesorado. ¿Cuáles son los límites de esta capacidad de supervisión? ¿Podría el consejo juzgar la capacidad pedagógica, el estilo docente, etc., de un profesor? De acuerdo con la ley, podría. La realidad es que muy excepcionalmente el profesorado admitiría la crítica en público de sus profesores: candidatos al consejo nombrados por los propios profesores, delegados cuya función no va más allá de delatar a sus compañeros o buscar tizas, etc.

¿Cuáles son las razones que explican esta actitud hostil y cerril del profesorado? De acuerdo con Fernández Enguita, el principal problema de la participación deriva de los caracteres irreconciliables del profesionalismo y la democracia. Frente a las pretensiones de padres y alumnos de opinar, recibir información y decidir, se yergue, como una muralla, el espíritu corporativo y profesional de los profesores. Los profesores se encuentran limitados, por un lado, en el caso de los centros públicos, por las autoridades académicas y, además, en el caso de los privados,

por los propietarios del centro, y por la clientela, padres y alumnos, por el otro. Frente a los primeros son débiles, pero son fuertes frente a los segundos. La carencia de poder en el primer caso se compensa con el despojo de competencias de padres y alumnos.

No obstante, sería precisa una explicación a nivel más profundo sobre este comportamiento antidemocrático del profesorado, explicación que va más allá de los objetivos del libro que analizamos. ¿Qué tiene que ver este comportamiento con la experiencia cotidiana de los profesores? ¿Qué ocurre en las aulas que pueda conducir a la reacción defensiva del profesorado? ¿Existe una posible inseguridad como docentes —en el caso de los profesores de medias (con formación pedagógica nula)— o como profesionales —en el caso de los profesores de EGB (estudios de ciclo corto)—? ¿Consideran que su autonomía es atacada por todos los frentes —ministerio y propietarios de centros, por un lado, y comunidad escolar, por otro—? ¿Por qué un discurso explícitamente democratizador por parte del profesorado se transforma en la práctica en una desoladora dictadura?

Rafael FEITO ALONSO

M.^a A. GARCÍA DE LEÓN, G. DE LA FUENTE y F. ORTEGA (eds.)

Sociología de la Educación
(Barcelona, Ed. Barcanova, 1993)

La reflexión sobre los aspectos sociohistóricos de la educación ha tenido tradicionalmente un escaso papel dentro de los centros universitarios debido, en buena medida, a la consideración de la actividad docente como un quehacer en el que lo fundamental sería el aprendizaje y manejo de los útiles o tecnologías necesarios para una enseñanza eficaz. Contemplados esencialmente como agentes de disciplina y normalización, los docentes han visto hurtada de su preparación profesional la adquisición de un sólido marco de referencias sociales con el que ubicar su rol, práctica y aspiraciones, así como los resultados y conflictos encontrados en su labor dentro del particular contexto sociohistórico en que se lleva a cabo. La inclusión de la Sociología de la Educación en los programas de las facultades de Pedagogía, así como el importante trabajo de análisis e investigación desarrollado en España fundamentalmente a partir de la segunda mitad de los setenta, ha paliado en buena medida ese paisaje prácticamente desierto en que se encontraba en nuestro país este ámbito del saber. La obra que aquí reseñamos, fruto de un nutrido grupo de profesores universitarios poseedores de un buen bagaje de experiencias, tanto en la enseñanza como en la investigación de este campo del conocimiento, supone, pues, una aportación sumamente valiosa, por necesaria, por cuanto se lleva a cabo en un momento en que el hecho educativo cobra un intenso

dinamismo al constituirse en objeto de primer orden dentro de las preocupaciones políticas. Además, como señala María Antonia García de León en la presentación, esta obra constituye una prueba del progreso y la madurez intelectual de la universidad española y de los profesionales que en ella ejercen, que contribuye a paliar el estado de dominación-colonización en que se encuentra toda área de conocimiento respecto al mundo científico anglosajón.

Estructurado en cinco grandes apartados y tras una primera aproximación a los procesos de socialización, consustanciales al ser humano, el trabajo pasa revista en su segundo bloque a un tratamiento de la institución escolar en sí misma, a través del estudio genealógico de la escuela y del análisis de la crisis actual de los sistemas escolares. Tras él, un tercer bloque, centrado en el análisis de los agentes, nos adentra en el esclarecimiento de los aspectos sociales relacionados con el profesorado y el alumnado (tanto universitario como no universitario), así como del espacio en que tiene lugar la relación educativa, es decir, el aula. El cuarto apartado está dirigido a clarificar las funciones y efectos del sistema escolar; particularmente, su influencia en la desigualdad social, la relación de los productos con el mercado de trabajo y el tema de la desigualdad por sexos. Para finalizar, el último apartado pasa revista a las teorías y metodología de la sociología de la educación,

a través de un recorrido en el que, tras el tratamiento de los clásicos y de sus modelos heurísticos básicos, pasa a analizarse las tendencias u orientaciones actuales francesa y anglosajona, terminando en una detallada enumeración de los trabajos realizados en España.

Es necesario señalar que la obra, que nace con la pretensión de servir de manual universitario, no es en modo alguno un libro de texto al estilo tradicional en el que se encuentre resumido el saber o conocimiento total elaborado hasta la fecha. Se trata, por el contrario, de una obra que, a pesar de la perfecta articulación global que presentan los temas tratados en ella, constituye un trabajo plural y, en cierto modo, heterogéneo, no sólo por el variado conjunto de los autores comprendidos en él, sino también por la perspectiva epistemológica y la vertiente ideológica desde la que éstos reflexionan. Es precisamente esta cualidad plural la que le dota de uno de sus rasgos positivos más reseñables, puesto que, como consecuencia de ella, aun cuando cada uno de los apartados y subdivisiones que lo constituyen sean núcleos perfectamente diferenciables y autónomos, el agrupamiento de todos ellos hace de la obra un compacto conjunto de ideas y líneas de reflexión especialmente útiles, no tanto para el aprendizaje memorístico de sus postulados como para el análisis, el debate y la confrontación. Una de las mayores riquezas de este manual es su capacidad para sugerir, para decir sin poner el punto final y, en definitiva, para generar en el lector nuevas cuestiones e interrogantes a

partir de los datos aportados y de su tratamiento, lo que le permite alcanzar el objetivo idóneo a toda labor de investigación.

Resulta reseñable, en segundo lugar, como otra de las grandes aportaciones de la obra, la doble cualidad que caracteriza los datos que se contienen en ella, datos éstos que si, por un lado, se encuentran referidos a la realidad española —evitando así la inevitable insuficiencia que provoca una aplicación a ésta de constelaciones procedentes de otras formaciones sociales con diferente estructura—, por otro lado, se hallan plenamente actualizados, dando así cuenta de la configuración específica que presenta en nuestro país la situación socioeducativa más inmediata. En este sentido, merece destacarse del conjunto aquellos trabajos en los que esas dos cualidades se conjugan de manera especial, tal como el de Félix Ortega sobre la crisis de los sistemas escolares o los de Antonio Guerrero Serón, Gloria de la Fuente y María Antonia García de León, cuando se pasa a considerar el tema de los distintos agentes del sistema escolar. Pero es fundamentalmente en el capítulo dirigido al análisis de los efectos del sistema escolar donde se encuentra aunada de una manera más efectiva esa doble cualidad —proximidad y actualidad— ya señalada como característica de las aportaciones de la obra. Cabe mencionar así, en primer lugar, el trabajo de Julio Carabaña, quien, a través de un minucioso estudio de los factores de desigualdad que inciden sobre el aprendizaje, introduce nuevos elementos de análisis que vienen a revitalizar y rescatar el deba-

te en torno a las posibilidades del sistema escolar en el terreno de la reducción de las desigualdades sociales, debate éste al que las teorías de la reproducción habían asestado un duro golpe sentenciando la nula e incluso perversa incidencia de la educación en este terreno. Por su parte, Gloria de la Fuente, sumergiéndose en un previo recorrido histórico por las relaciones entre el sistema educativo y el mercado de trabajo, desemboca en el tema de la enseñanza ocupacional, abriendo vías de análisis acerca de las posibilidades y determinismos de ésta en una situación social como la actual de fuerte inestabilidad de mercados y de precarización del empleo. Por último, y siguiendo el orden establecido en la obra, nos encontramos con el estudio llevado a cabo por María Antonia García de León acerca de las desigualdades por sexo en el sistema educativo. A nadie se le escapa que, para el logro de una efectiva igualdad social entre hombres y mujeres, el acceso de éstas a una independencia económica a través de un empleo adquirido en igualdad de condiciones constituye, si no un fac-

tor suficiente, al menos un factor necesario. Es evidente, por tanto, que, dada la interrelación existente entre formación y empleo, el conocimiento de la situación que la mujer ocupa en relación a la educación resulta de una enorme trascendencia no sólo a la hora de denunciar posibles desajustes en relación al otro sexo, sino también para introducir las intervenciones correctoras necesarias, y es por ello que el trabajo de María Antonia García de León resulta de capital importancia por cuanto viene a esclarecer, mediante la recogida y tratamiento de un vasto material empírico, la dimensión y perfiles que dibujan la posición actual de la mujer dentro del sistema educativo español.

En resumen, pues, la publicación de este trabajo colectivo constituye un instrumento inestimable para el colectivo de personas preocupadas por la educación, en la tarea de comprender el estado en que ésta se encuentra en nuestros días, así como para prever sus posibles líneas de desarrollo en el futuro más inmediato.

Jesús PÉREZ LÓPEZ

J. R. SEBASTIÁN DE ERICE

Erving Goffman. De la interacción focalizada al orden interaccional
(Madrid, CIS, Siglo XXI, Colección «Monografías», núm. 138, 1994)

El texto elaborado por J. R. Sebastián de Erice posee la virtualidad de presentar en castellano una aproximación destacada a la relevante obra intelectual del sociólogo E. Goffman.

Desde un planteamiento riguroso y bien estructurado, el conjunto del libro nos acerca a los diversos momentos de creación de E. Goffman, con la intención manifiesta de presentar una

imagen del sociólogo canadiense que quiebre con el quizá unilateral estereotipo desenfadado, retrato que surge, principalmente, de la estrecha vinculación de E. Goffman con el «modelo dramaturgico» planteado en sus primeros escritos y que, por otra parte, continuó matizando hasta el final de su obra.

Tal y como el propio subtítulo indica, E. Goffman mantuvo una idea más o menos diáfana de cuál podría ser una de sus aportaciones en la tradición sociológica que cultivó en Norteamérica. De esta forma, su objeto de análisis se centró en el estudio de una zona o subárea elemental de la realidad cotidiana: las relaciones cara a cara, interacción focalizada que terminó categorizando como orden interaccional, expresión que, como indica J. R. Sebastián de Erice, ya figuraba en su tesis doctoral (p. 37).

Por ello, el autor del libro nos muestra cómo «*En el pensamiento de Goffman existe una evolución porque va buscando unidades superiores que expliquen lo estudiado mediante el microanálisis (...)*» (p. 242). En base a esta máxima elemental de interpretación, J. R. Sebastián de Erice nos muestra un bosquejo diacrónico de la labor sociológica goffmaniana dividiendo tal ejercicio en tres etapas bien definidas, que someramente indicamos a continuación.

La primera etapa de la empresa teórica de E. Goffman es ubicada entre la obtención del *Master of Arts* (1949) y la publicación de *La presentación de la persona en la vida cotidiana* (1959). En este período son manifiestas las influencias del pragmatismo social (J. Dewey y W. James) vía interpreta-

ción de la denominada Escuela de Chicago, con R. E. Park, W. I. Thomas y, acaso, G. H. Mead como autores más destacados.

Si bien puede decirse que Erving Goffman asume los principios fundamentales del interaccionismo simbólico, no se limitó a reproducir de un modo clásico las propias categorías analíticas de los predecesores indicados, sino que, con el relevante influjo de G. Simmel, G. Santayana y J. P. Sartre, E. Goffman configura la «perspectiva dramaturgica», peculiar modelo interpretativo retomado y acrecentado por el autor, que posibilita al científico social acercarse a esa parcela focalizada de lo social y observar las relaciones entre la estabilidad de las interacciones y la creatividad de los actores (p. 74), siempre a través de la opción cualitativa del método naturalista en el cual se apoya la observación participante, técnica distintiva y dominante en la totalidad de la obra del sociólogo canadiense.

Conceptualizaciones tales como «escenario», «audiencia», «equipos», «regiones», «fachadas», «trasfondo escénico», «manejo de impresiones», «definiciones de la situación» y, coronando el modelo de análisis, el *self*, muestran tanto las influencias epistemológicas señaladas como la singularidad del abordaje goffmaniano, todo ello expresado en *La presentación de la persona en la vida cotidiana*, sin duda uno de sus textos más representativos y paradigmáticos.

El segundo período de la obra de E. Goffman está marcado por su enseñanza en la Universidad de Berkeley entre 1958 y 1968. Estos diez años de transición, tal y como los define J. R.

Sebastián de Erice, no suponen una ruptura radical con el período anterior desde un punto de vista teórico, pero sí se encuentra limitado en el nivel de las posibilidades a realizar íntegramente su específico trabajo de campo. Por ello, gran parte de las «fuentes empíricas» de este período han sido recogidas con anterioridad a su incorporación docente como profesor de «Desviación Social».

En la línea indicada, de la conjunción de ambas circunstancias surgen textos como *Internados* (1961) y *Estigma* (1963), en gran parte pioneros en el acercamiento a escenarios de la realidad social escasamente abordados desde la interpretación sociológica. Nociones como «institución social» o la dualidad de los procesos de construcción (social) de «lo normal» y «lo estigmatizado», han pasado a formar parte del acervo común de las diferentes ciencias sociales.

Retomando las aportaciones teóricas a la Sociología, puede decirse que en este período E. Goffman profundiza en su interés por las dimensiones de orden macrosociológico, inclinación ya existente con anterioridad dada su búsqueda de marcos donde ubicar sus análisis microsociológicos. Si bien este ejercicio de articulación va configurándose paulatinamente, esta etapa de transición posibilita la consolidación de la singular perspectiva sociológica de E. Goffman, objetivada en obras tales como *Encounters* (1961), *Behavior in public places* (1963), *Interaction Ritual* (1967) y *Strategic Interaction* (1969).

Con ello, se torna errónea la categorización de Goffmann como interaccionista simbólico puro o, más

ampliamente, cualquiera de las otras corrientes enmarcadas en el polo opuesto a la perspectiva macrosociológica, pues existe un acercamiento constante y consciente hacia elementos estructurales, representados paradigmáticamente tanto por la teoría de roles como por la profundización en el estudio de los componentes rituales de toda interacción social, haciéndose patente la amplia influencia de las formas rituales de carácter religioso analizadas por E. Durkheim y que el sociólogo canadiense traslada, expresamente, a los eventos y encuentros de la secular vida cotidiana.

Llegamos finalmente al tercero y último período, iniciado a partir del abandono de Berkeley y su incorporación a la Universidad de Pensilvania, en 1968.

En este período, E. Goffman ahonda en la asimilación crítica de los planteamientos sistémicos, con el manifiesto propósito de configurar una síntesis entre la sociología interpretativa y el estructuralismo (p. 145). Pese a que este proyecto puede entretenerse en *Relaciones en Público* (1971), adquiere, según J. R. Sebastián de Erice, su máxima expresión en *Frame analysis* (1974) y, fundamentalmente, en *The interaction order* (1983), conferencia elaborada con detenimiento por E. Goffman en tanto con ella pretendía iniciar su presidencia en la American Sociological Association en el año 1982, escrito que no pudo (re)presentar debido a su repentina muerte en el mes de noviembre.

Pese a que E. Goffman conoció, influyó y participó en el desarrollo del conjunto de perspectivas encuadradas dentro de la denominada

«sociología interpretativa», como se ha indicado, el sociólogo canadiense persistió en su intento de escapada a todo encasillamiento prototípico, esforzándose en la elaboración de una trabazón ordenada de lo que genéricamente conocemos como las dimensiones macro y micro. Para J. R. Sebastián de Erice, esta articulación queda fijada en la propia noción de *frame*. De difícil traducción unívoca en castellano, *frame* designa tanto el contexto de la realidad como las estructuras mentales que posibilitan la incorporación en el actor social de dichas facticidades (p. 208). Como consecuencia de esta postura analítica final, se produce una suerte de reconceptualización del *self* en E. Goffman, al convertirse en actor/sujeto-ensociedad. Intentando sortear cualquier intención determinista, E. Goffman plantea que la acción queda limitada a la(s) interpretación(es) de una definición social dada, esto es, la actuación del actor queda emplazada en los marcos previos de un contexto ordenado, orden que, por otra parte, posibilita la propia gestación de relaciones de interacción social.

De esta forma, los textos de la última etapa vital e intelectual de E. Goffman constituyen hitos fundamentales que tienden al encuentro de ubicaciones para fortalecer esa determinada área de estudio con la que el propio científico social emprendió su particular «carrera moral». Es en *The interaction order* donde, según el parecer de J. R. Sebastián de Erice, cristaliza esa búsqueda de síntesis sociológica.

Con todo ello, frente a aquellas críticas que tildan a la obra de E. Goffman como exclusivamente centrada en un

análisis de lo episódico, en tanto se olvida de la dimensión histórica de todo hecho social, o neutraliza los determinantes extrasituacionales tales como la importancia explicativa del poder y sus consecuencias estratificadoras; como enunciador de un actor de farsa, promulgador de ajustes secundarios en su búsqueda del máximo beneficio particular en las transacciones existentes en la cotidianeidad; y, finalmente, como investigador «poco riguroso» en la elaboración y recogida de la información empírica al desplazar los métodos y técnicas de índole cuantitativo, J. R. Sebastián de Erice mantiene que estos juicios provienen, principalmente, de una lectura parcial de la creación de E. Goffman. Asumiendo la interpretación de R. Collins y P. Manning¹, para el autor la obra de E. Goffman es absolutamente íntegra en tanto se mantuvo preocupado por encontrar categorías relevantes que permitieran a la teoría sociológica continuar y aumentar su propia capacidad de análisis en la parcela de las interacciones sociales que vertebran la vida cotidiana. Por ello, los juicios y críticas a los escritos de E. Goffman han de partir, necesariamente, observando la totalidad de su original obra, creación que, como el propio J. R. Sebastián de Erice muestra en el apartado bibliográfico, sigue dando pie a múltiples y diversas investigaciones, a la vez que posibilita engarces con otras líneas de

¹ R. COLLINS, «Erving Goffman and the development of modern social theory», pp. 170-209, y P. MANNING, «Goffman's framing order: style and structure», pp. 252-284; ambos textos en *The view from Goffman*, J. Ditton (comp.), Londres, MacMillan, 1980.

pensamiento y autores destacados en el campo de las ciencias sociales.

En torno a esta dimensión bibliográfica, y para finalizar, pudiera señalarse como una leve pero significativa puntualización el olvido o desconocimiento por parte de J. R. Sebastián de Erice de la existencia de una traducción en castellano del artículo «The interaction order», dentro del libro *Los momentos y sus hombres*, textos de E. Goffman compilados por Y. Winkin, citado en francés por el propio J. R. Sebastián de Erice. Sin embargo, es del mismo modo reseñable la profunda coincidencia de las interpretaciones entre el autor del libro aquí recensionado y el propio Y. Winkin, quien «(...) *no pudo evitar sentirse impresionado por la coherencia del conjunto del proyecto intelectual de Goffman (...). Su último texto vuelve*

sobre sus posiciones de 1953 y las amplía. Su pensamiento se podría comparar con la curva que describe en el espacio un círculo que avanza regularmente»².

En definitiva, J. R. Sebastián de Erice nos presenta la obra de uno de los científicos sociales más importantes del presente siglo, autor que, con su estilo singular y maestría inigualable, e independientemente de las críticas oportunas realizadas y aquellas posibles futuras a realizar, ha sellado su nombre y su obra en la tradición sociológica, mostrando, tal y como lo enunció en su momento M. Weber, ser hijo de esta civilización moderna que trató de analizar, con éxito, en su totalidad desde una de sus múltiples dimensiones.

Marce MASA CARRASQUEÑO

² Y. WINKIN, en E. GOFFMAN, *Los momentos y sus hombres*, textos seleccionados y presentados por Y. Winkin, Ed. Paidós Comunicación, Barcelona, 1992, p. 170.